

UNIVERSITY OF
CALIFORNIA
SAN DIEGO







OBRAS COMPLETAS

DE

A Z O R I N

- | | |
|--|--|
| I.—EL ALMA CASTELLANA. | XIII.—CASTILLA. |
| II.—LA VOLUNTAD. | XIV.—UN DISCURSO DE LA CIERVA. |
| III.—ANTONIO AZORÍN. | XV.—AL MARGEN DE LOS CLÁSICOS. |
| IV.—LAS CONFESIONES DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO. (Aumentada.) | XVI.—EL LICENCIADO VIDRIERA. |
| V.—ESPAÑA. | XVII.—UN PUEBLECITO. |
| VI.—LOS PUEBLOS. | XVIII.—RIVAS Y LARRA. |
| VII.—FANTASÍAS Y DEVANEOS. | XIX.—EL PAISAJE DE ESPAÑA VISTO POR LOS ESPAÑOLES. |
| VIII.—EL POLÍTICO. | XX.—ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA. |
| IX.—LA RUTA DE DON QUIJOTE. | XXI.—PARLAMENTARISMO ESPAÑOL. |
| X.—LECTURAS ESPAÑOLAS. | XXII.—PARÍS, BOMBARDEADO Y MADRID SENTIMENTAL. |
| XI.—LOS VALORES LITERARIOS. | XXIII.—LABERINTO. |
| XII.—CLÁSICOS Y MODERNOS. | |

E S P A Ñ A

(Hombres y paisajes)

1000

#40074

A Z O R I N

Obras completas

Tomo V

E S P A Ñ A

(Hombres y paisajes)



1 9 2 0

Rafael Caro Raggio: Editor
Ventura Rodríguez, 18
M A D R I D

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT BY
RAFAEL CARO RAGGIO
1920

Establecimiento tipográfico
de Rafael Caro Raggio.

Cuando publiqué por primera vez este libro, envié —como hacía con todas mis obras— un ejemplar a don Francisco Giner. El querido maestro acusóme recibo con la siguiente carta:

Mil gracias de nuevo, amigo mío, por su ESPAÑA. No he podido soltar el libro hasta el fin. Castilla, Córdoba, la Ciudad levantina, la castellana, Juan de J. P., el Mayorazgo, el Epílogo.... todo ello tan sencillo y trágico a la vez... ¡Hay tanta desesperanza —para mí— en tanta resignación! ¡Cuándo, en la evolución castiza, y sin romperla —vano empeño, además—, vendrá

de nuevo nuestra hora, la de hoy, no la de ayer!...

Suyo afmo. amigo,

F. GINER.

24-X-9.

¿Cuándo vendrá esa hora? Las palabras de Giner encierran un anhelo y una fórmula. Vendrá, llegará esa hora. Y llegará, para el Arte, en un consorcio de la tradición honda y libre, con un sentido de la vida tolerante, justo y humano.

Hoy, al reimprimir este volumen, me ha parecido que ningunas palabras podían ir mejor que las copiadas de Giner, al frente de un libro titulado ESPAÑA.

A Z O R Í N

Madrid, marzo, 1920.

*Quan'io mi volgo in dietro a mirar gli anni
C'hanno, fuggendo, i miei pensieri sparsi...*

(PETRARCA: Sonetto CCLVII.)

HE escrito estas páginas, unas en pueblecillos de Levante, a la vista de reducidas vegas con herreñales verdes, y de hueitos silenciosos plantados de granados, cipreses y laureles; otras, las más, en viejas ciudades castellanas, donde todo es paz y sosiego; donde hay vetustos caserones y fonditas sórdidas y destartaladas; donde, al desembocar de una callejuela desierta en que vuestros pasos hacen un ruido sonoro, se ve en la lejanía un paisaje de tierras ocreas, con un camino que serpentea por los oteros y recuestos y llega hasta una ermita.

Algunos de estos breves ensayos han sido

pensados y trasladados al papel recientemente. Son los últimos del libro. En ellos verá el lector algo como una preocupación, como una manera de ver la vida, como una tendencia. Domina esta tendencia a todo el libro. Las ilusiones primeras van pasando. Traen los años una visión de las cosas que no es la juvenil. Nos preocupa menos el color y la forma. Un ritmo eterno, escondido, de las cosas, se impone a nuestro espíritu. Si somos discretos, si la experiencia no ha pasado en balde sobre nosotros, una sola actitud mental adoptaremos para el resto de nuestros días. Nos recogeremos sobre nosotros mismos; confiaremos en los demás menos que en nosotros; bajo apariencias de afabilidad, desdeñaremos a muchas gentes; miraremos con un profundo respeto el misterio de la vida; comprendemos los extravíos ajenos; y tendremos conformidad y nos resignaremos, en suma, dulcemente, sin tensión de espíritu, sin gesto trágico, ante lo irremediable.

El mal labrador.

(1237)

ESTE es un labrador por el que debemos sentir toda la mayor abominación; el maestro Gonzalo de Berceo, que nos ha contado su vida, está con él verdaderamente furioso. Este labrador tal vez vive en las sutiles tierras de la Rioja, o acaso en algún ameno rincón de Castilla, o quizá —¿quién podrá asegurarlo?— en alguna campiña andaluza. Ello es que este labrador tiene una casa amplia, cómoda; no sabemos si esta casa se halla en pleno campo, o bien en alguna pequeña ciudad. Nosotros nos inclinamos a creer que, puesto que el maestro Berceo dice que este labriego «más amaba la tierra que non al Criador», él procurará estar de estos terru-

ños tan amados lo más cerca, todo lo más cerca posible. Y estábamos diciendo que la casa es ancha y cómoda; las paredes se hallan blanqueadas con cal; en la fachada —y ya veremos esto después para qué sirve—; en la fachada, formado con azulejos de Segovia o de Valencia, se ve un cuadro de la Virgen María. Y hay muchos árboles frondosos alrededor del edificio; y hay en la casa una ancha cocina con una leja en el humero (en la cual leja se ven peroles, ollas y cuencos vidriados); y hay cámaras anchas con puertas que crujen misteriosamente por las noches; y hay una camarilla gratisima, toda llena de orcitas con mieles y arropes, de pernils, de tornizuelos y orejas de puerco puestos en sal, de embutidos, de nueces colocadas en grandes arneros, de colgajos de uvas y membrillos que penden de largas cañas; y hay un corral ancho lleno de cerdos, negros, blancos o jaros; y hay un tosco jaraíz para estrujar los racimos en el otoño; y hay unos alhorines hondos repletos de grano, y unas abombadas tinajas, llenas de aceite unas, y otras de vino, y hay, en fin, allá en lo alto, un palomar de donde las palomas salen

por unos pequeños agujeros y se extienden, raudas, por todo el campo...

Todos quieren a este mal labrador; sucede que muy a menudo los hombres malos suelen ser queridos de todos; los mozos de la labranza están encantados con este labrador: él lo ve todo y provee prestamente a cualquier desarreglo. Las mozas que trajinan por la casa (estas mozas recias, sanas, fuertes, que tanta impresión nos hacen a los que llegamos de la ciudad); las mozas adoran también a este labrador; acaso él las dice de cuando en cuando alguna terrible, enorme cuchufleta (en el campo no se paran en barras), y es casi seguro que el día de su santo les regale alguna tumbaga o algunas arracadas. Todo está bien, al parecer; pero si examinamos atentamente las cosas, veremos que este hombre es un hombre malo, abominable. Este hombre, tan llano y corriente aquí en casa, hace todo lo posible por acrecentar su caudal a costa de sus vecinos y colindantes; él les pone mil pleitos y los enreda en las mil sutiles mallas de la ley; él les arma un caramillo formidable en menos de que canta un gallo; y él —asombraos todos—no

sabiendo ya qué hacer para que sus campos sean mayores, se levanta por las noches, cuando todo el mundo duerme, y cambia los mojones de las lindes. «Cambiaba los mojones por ganar eredat», dice el buen Berceo lleno de indignación...

Y por este y otros desafueros este labrador es cogido a su muerte por los diablos; éstos le arrastran, le zarandean, y ya están a punto de llevárselo a los infiernos, cuando interviene Nuestra Señora. Nuestra Señora le salva. El mal labrador no había dejado en su vida ni un solo día de adorar a la Virgen: por las mañanas al levantarse, y cada vez que entraba y salía en la casa y veía en la fachada este cuadro de que hemos hablado al principio, él ponía su pensamiento en la Madre de Dios. Y la Madre de Dios le salvó en el trance supremo. Adorémosla siempre, dice el querido, el muy amado poeta: «Non nos debe doler nin lengua nin garganta —que non digamos todos: Salve Regina sancta.»

Unas sombrereras.

(1520)

CONOCÉIS a Gerarda? ¿Y a Fenisa? ¿Y a Isabel? ¿Y a Raquel? ¿Y a Guiomar? Todas estas son unas lindas toledanitas, menudas, blancas, picarescas. Gerarda tiene unas manos maravillosas, con unas uñas combaditas y rosadas; Fenisa posee unos cabellos de oro, sedosos; los labios de Isabel son coloraditos, delgados; Raquel es esbelta, cimbreante; y los ojos de Guiomar —como los de su paisana Melibea— son verdes, anchos. Y todas están trabajando en una estancia de un grande caerón toledano; corren los primeros años del siglo xvi; en la sala hay uno o dos tornos de hilar que hacen un leve ruido cuando funcionan; hay también unos moldes extraños, unos

grandes pedazos de castor y otros grandes trozos de joyantes sedas. Y estas lindas mozas toledanas van hilando unas, y van otras fabricando sombreros y bonetes.

Y ya está descubierto el enigma: nos hallamos en una vieja sombrerería de Toledo. ¿No os atraen a vosotros estas históricas, legendarias, nobles industrias españolas? En Murcia, en Valencia y en Sevilla traman sedas maravillosas; en Ocaña hacen unos famosos guantes, que después se ponen estos señores a quienes retratan Pantoja y Velázquez; en Ajofrín construyen unas delicadas y sutiles espuelas (no las hay mejores en ninguna parte: no os canséis en buscarlas); en Talavera fabrican unos platos, unos aguamaniles y unos cacharros portentosos, y aquí, en la imperial ciudad, labran los armeros peritísimos unas espadas que no tienen rival en el mundo; pero también existen unos talleres de sombrerería de donde salen los más elegantes, los más airosos sombreros, gorras y bonetes que puede ponerse sobre la testa un caballero. Don Quijote, cuando estaba sentado en su cama, dice Cervantes que tenía puesto «un bonete colorado toledano». Añadiremos que, por lo que respecta a este ca-

pítulo de los sombreros, los españoles son un tanto caprichosos, tornadizos y amigos de las más extrañas y estrambóticas modas; Baltasar Gracián, en su *Criticón*, dedica unos párrafos a la infinita variedad de sombreros —altos, bajos, chiquitos, anchurosos— que se usan en España. Y si penetramos en este pequeño obrador toledano, comprobaremos por nosotros mismos, sin que nos lo diga Gracián, esta heterogeneidad estupenda, increída, de los chapeos españoles. Es por la mañana; acaban de venir al taller las operarias; un aire de alegría corre por la sala; va a comenzar el trabajo. Gerarda prepara uno de los tornos; Fenisa pone en orden el lino o la lana; Isabel se apresta a cortar grandes trozos de paño; Raquel da forma conveniente a los fragmentos de seda con que han de ser forradas las copas y las alas de los sombreros (ya los habréis visto en esta guisa en los cuadros de Velázquez y de José Leonardo); y, finalmente, Guiomar, la de los ojos verdes, tal vez se asoma un momento a la ventana para ver si atisba a cierto enigmático traúnte. Y todas vanse trabajando alegres y satisfechas; de rato en rato la estancia resuena con algún canto

popular; acaso lo que estas lindas muchachas entonan es el viejo romance del paje Vergilios o aquel otro del conde Claros. Y si ocurre que entra en el taller algún comprador (un estirado hidalgo que va a hacer un encargo, o un reverendo abad o presentado de algún monasterio o de tal parroquia), veréis cómo estas traviesas mozas cuchichean entre sí, cómo lanzan miradas maliciosas al intruso, y cómo alguna sonrisa, alguna carcajada argentina revuela de pronto por la sala. No nos expongamos a estas livianas burlas; estas toledanitas son terribles; la reina Isabel la Católica decía que «sólo se sentía necia en Toledo», es decir, entre estas mozas repentinas y agudas. Abandonemos el taller; al lado de esta casa vive un respetable caballero a quien hemos de ir aún a visitar esta mañana; el autor desconocido de *La vida de Lazarillo de Tormes* habla de él en el capítulo III de su maravilloso libro; este mismo autor alude también en el mismo pasaje a estas sombrereritas a quienes acabamos nosotros de dedicar estas líneas.

Un sabio.

(1525)

ESTE es un sabio que nos presenta Juan Luis Vives en sus *Diálogos latinos*. Envidiamos nosotros profundamente a este buen hombre, que tiene dos o tres criados, que posee una casa confortable, que dispone de todas las comodidades, y que, por las noches, estudia un rato, tomando para ello toda clase de precauciones, abrigándose bien, haciendo que uno de sus criados vaya trayéndole los libros que necesita, y que otro ayuda de cámara o cubiculario se halle a su lado por si le ocurriera algo. Nosotros, modestos periodistas que escribimos en un modesto mechinal a salga lo que saliere, sentimos una envidia sincera por todo esto, y convenimos desde

luego en que sólo en estas condiciones es posible escribir páginas profundas, indelebles...

Y vamos a decir, muy a la ligera, lo que hace este erudito. A las cinco de la tarde —según nos cuenta Vives—, este repetable sabio hace que cierren las ventanas de su despacho. Esta hora —añade Vives— es «cuando todas las cosas reposan y callan». No queremos detenernos en hacer constar que tal fenómeno de reposo a las cinco de la tarde no es posible que se ofrezca en España; sin duda el autor se refiere a Brujas, que es donde él vivía. Y ello es que, haya o no ruido en Brujas a las cinco de la tarde, este sabio manda cerrar, como hemos dicho, las maderas de sus balcones. Ya cerradas las maderas —o antes de cerrarlas—, el erudito hace que le preparen las luces. ¿Y qué luz empleará? ¿La luz de aceite o la luz de vela? La elección inquieta un poco a nuestro hombre: «el olor de sebo no es deleitable», dice él; la luz de aceite es más suave, más dulce. Usaremos, pues, la luz de aceite; el problema queda resuelto. Y ahora es preciso que el criado traiga «la capa de velar», es decir, una capa amplia, recia, en que el erudito se arrebujá cuando ha de trabajar;

y es menester, asimismo, que el criado ponga sobre la mesa el atril en que han de reposar con toda comodidad los libros...

Y después que el tal cubiculario ha hecho todas estas operaciones, el erudito manda llamar a otro criado, a Didymo, «que es el que me sirve cuando estudio», y no tan sólo juzga que Didymo debe estar junto a él, sino que cree conveniente que venga también su secretario, «porque —dice él— yo quiero dictar algo». Nuestros literatos y nuestros sociólogos estarán maravillados al contemplar esta manera admirable de trabajar. Pero no es esto sólo: las plumas están sobre la mesa; nuestro hombre no puede alargar la mano para cogerlas; él da orden a uno de los criados para que se las acerque; otro criado le trae los libros que necesita para el estudio: Demóstenes, Gregorio Nacianceno, Xenofonte, Cicerón...

Claro está que, colocado el volumen en el atril, uno de los criados es el que ha de ir pasando las hojas; otra cosa sería molesto. Nuestro sabio lee unos párrafos de Cicerón o de Demóstenes, y va haciendo ligeros y discretos comentarios en voz alta. No sabemos cuánto tiempo permanece estudiando; pero

cuando se acerca la hora de dar por terminada la tarea, este erudito manda que le preparen bien la cama y que pongan en ella bastante abrigo. «Descálzame —le dice luego a uno de los criados—; pon aquí la silla de goznes para sentarme; esté prevenido el vaso de noche en el escaño, junto a la cama; quema un poco de incienso o de enebro y haz sahumero. Cántame alguna cosa con la vihuela, al uso de Pitágoras, para que duerma más presto y con más dulzura».

Y el criado canta:

¡Oh sueño, quietud de todo!
¡Oh amado aun de los dioses!

Repetimos que sentimos una envidia profunda por este sabio, y que quisiéramos escribir de este modo todos nuestros artículos.

Delicado.

(1530)

DELICADO ES un cura de pueblo: este pueblo es uno claro, pintoresco, suavemente melancólico de Andalucía. Delicado es un señor un poco gordo, con recias cejas, con los labios bermejos, con unas manos gorduzuelas que acarician bondadosamente a los niños de las vecinas. Delicado se pasa el día andando de casa en casa —como Sócrates en Atenas—; habla con todos: con Pedro, el carpintero; con José Luis, el herrero; con Alvaro, el tejedor; con Romualdo, el alfayate. En la fuente, cuando atraviesa la plaza, se detiene un momento, sonríe con una mezcla de malicia, y dice unas cosas a Rosa, a Carmen, a Mari-Pepa o a Juana María. Si una vecina

ha de hacer una tarea de mostachones, a Delicado consulta; si otra comadre ha de comprar lana para mudar la del colchón viejo, a Delicado va también; una niña está enferma, pálida, ahilada, y Delicado da a la madre unas hierbas que la sanan en cuatro días...

Y Delicado, como todos estos hombres bondadosos, afables, que hemos conocido en nuestra niñez, es un poco epicúreo; os digo que a él le place, sobre todas las cosas, una comida limpia y bien aliñada. El tiene una erudición portentosa en estos asuntos; él gusta de «las albondiguillas redondas y apretadas con culantro verde», de la «col murciana con alcaravea», de la «cazuela de berenjenas moxies», de la «cazuela de pescado cecial con oruga»; él enumera complacido estos dulces, tan andaluces, tan sabrosos, que sólo podemos comer en Osuna, en Cabra, en Lucena, en Jerez o en Utrera: los pestiños, las rosquillas de alfajor, los tostones de cañamones y de ajonjolí, los nuégados y las xopai-pas; él se acuerda, lleno de íntima ternura, de unos «grañones con tocino que comió en Jaén», siendo niño, y que ya no ha vuelto a comer tan buenos; él advierte que las viandas

cocidas en vasija de barro y a fuego lento saben mejor que las guisadas en cobre; él sabe torcer a maravilla, bien sea con agua o bien con aceite, estos exquisitos hormigos, de los cuales él se comería «una almofia llena»; él, en fin, reputa como una de las mayores satisfacciones de su vida el haber comido y aprendido a hacer, allá en Roma, unas maravillosas chambelas italianas que se confeccionan con «harina, agua caliente, sal, matalaúva y un poco de azúcar».

Todos quieren a Delicado; todos le buscan. El buen cura ya no tiene más ilusiones que esta vida sedante, sosegada, del bello pueblo andaluz. En su mocedad, Delicado ha estado en Roma; allí ha vivido unos años en medio de la sociedad más heteróclita y pintoresca, y ha conocido los tipos y las vidas más encontrados y diversos. ¿No trabó él amistad allí con «Mira, la judía que fué de Murcia»? ¿No conoció también a «una abacera que vino a llevarse una bula para una ermita»? ¿No trató asimismo a «unas camiseras castellanas»? ¿No nos habla del mismo modo de una «mujer de Jumilla que majaba en un morterico de azófar ataúja y pepitas de pepino»?

Pero los años han ido pasando; aquella batahola formidable de Roma no era para nuestro autor; su ideal estribaba en la vida de pueblo. Y por eso dió vuelta al cabo a su gentil ciudad de Andalucía. Y aquí mora feliz y satisfecho. El día él lo pasa de casa en casa. Y tal vez durante estas siestas andaluzas tan ardientes, o bien a prima noche en las del invierno, él coge la pluma y va escribiendo estas páginas soberbias, únicas en nuestra literatura picaresca; estas páginas —un tanto libres— en que nos ofrece las más hondas sensaciones de la vida diaria, de las cosas pequeñas, triviales, ignoradas, y que se titulan *La lozana andaluza*.

Ana .

(1558)

PAZ sea en esta casa, paz sea en esta casa. Dios te guarde, señora honrada. Dios te guarde. Una limosnica, cara de oro, cara de siempre novia». Esto y otras cosas es lo que dice en una comedia de Lope de Rueda -- la *Eufemia*— una cierta mujer llamada Ana que entra a limosnear en una casa. No hemos hallado en ningún libro, en ninguna literatura una expresión más cariñosa, más halagadora, más profundamente amable que esta de *cara de siempre novia*; es decir, que esta mujer le desea a la joven, a la cual pide una limosna, que tenga en todos los momentos de su vida la faz que se tiene cuando se es amada, cuando se es contemplada largas horas, lar-

gos días por el amante, que nunca se cansa de mirar y que siempre acaba por encontrar en esta cara queridísima una nueva perfección, un nuevo y desconocido motivo de amor. No es posible, repetimos, una loanza más agradable y más profunda. Quien la ha empleado es una mujer astuta, diestrísima; es una maestra de psicología humana, que nosotros desde este momento admiramos fervientemente.

Y esto nos induce a imaginar cómo será esta dichosa Ana y qué es lo que hará por el mundo. Si consideramos que poco después de pronunciar las maravillosas palabras citadas intenta Ana decirle la buenaventura a la joven requerida, no será aventurado afirmar que Ana pertenece a la estirpe de los gitanos y que es posible que conozca mil secretos, artes, trazas y recursos más o menos enigmáticos y útiles. Antetodo, Ana sabrá rezar oraciones que tengan la virtud de causar tales y tales efectos: conocerá la oración del Justo Juez; la de San Gregorio —que no recordamos ahora para qué sirve—; la del Apartamiento del cuerpo y el alma. Cuando después de rezada una de estas oraciones reciba una limosna, sabrá también seguramente decir Ana:

Loado sea Dios, y su santo nombre bendigan todas las criaturas, y Él encámíne a vuestra merced en su santo servicio y le libre de pecado mortal, de falso testimonio, de poder de traidores y malas lenguas. Ana tendrá, si vive en Toledo (como dicen que es aquí donde vivía su colega Celestina), una casilla miserable y medio caída allá en la cuesta del río, junto a las tenerías; aquí en esta casilla habrá un camaranchón o pequeño antro donde Ana tendrá mil hierbas, confecciones y sutilísimas mixturas. No faltará aquí el diente del ahorcado (arrancado para mayor mérito en una noche de tormenta), ni el pedazo de soga, también de dicho ahorcado; ni faltará tampoco la piedra traída del nido del águila, ni el mantillo de niño, ni los ojos de la loba, ni la barba del cabrón. En hierbas y raíces Ana tendrá una colección estupenda; cien redomillas de todos tamaños y llenas de aguas y de unguentos se verán colocadas en una leja, y en un rincón, como cosa importantísima, una cajuela bien cerrada, con agujas finísimas y delicado sirgo rojo. Y no digamos las cosas que sabrá hacer esta querida Ana: sabrá hacer que desaparezca de la cara una arruga inoportuna (bellas

amigas, todas las arrugas son inoportunas); sabrá quitar de un labio adorable un vello indiscreto; sabrá pelar cejas con unas tenacicas de plata, muy ligeras (cosa que se hacía antes y que no se hace ahora); sabrá el modo de que no vuelvan a verse las pecas de unas manos incomparables. A otras muchas operaciones alcanzará también el arte supremo de nuestra amiga; pero no es este el momento oportuno de tratar de ellas, aparte de que su exposición y crítica detallada nos llevaría muy lejos; recuérdense las agujas y el hilo de que hemos hablado antes. Ahora sólo queremos consignar que Ana posee un secreto maravilloso que Celestina no conoció; es decir, que Ana vale mucho más y es más sabia en su arte que su colega. Pásmese el lector: nuestra amiga conoce la hierba misteriosa, la hierba estupenda, la hierba única, sin par, que tiene la virtud de abrir las cerraduras. No os asombréis; esta hierba se llama *pico*, y de ella habla el padre Francisco Victoria —maestro de Melchor Cano— en sus *Relectiones theologicae* (página 453, edición de 1586) cuando escribe: «herba pici, Hispané, *el pico*, seras etiam ferreas aperit». No existe cerradura, por compli-

cada, por difícil que sea, que resista a la aplicación de esta hierba tremenda. Hemos dicho que Ana la conoce muy bien y tiene un pequeño depósito de ella.

Encomiéndense a nuestra amiga los nobles seres cuya misión consiste en abrir, durante nuestra ausencia, nuestras puertas, armarios y escritorios.

Horas en León.

LEÓN es una ciudad vetusta y gloriosa. Otras ciudades seculares —como Toledo, como Villanueva de los Infantes —ofrecen la impresión de un museo frío, desierto; las callejuelas han dejado de vivir hace siglos; los nobles e inmensos caserones están cerrados; acaso sólo de tarde en tarde un recio portón gira sobre sus goznes enmohecidos y una vieja silenciosa aparece en la monumental portalada; no cruza nadie por las plazas; quizá un estrepitoso palacio de ladrillos rojizos —la Diputación Provincial o un Banco —rompe la armonía del conjunto y pone hálitos de frivolidad moderna entre las viejas piedras; no alienta, en fin, la ciudad: su espíritu ha pasado hace ya muchos años;

sólo los palacios, las torres, los tejadillos, las veletas, los escudos, los anchos aleros, las rejas y los balcones saledizos, los ábsides, perduran en un ambiente que no es el suyo...

Pero en León no sucede nada de esto: no os encantan en la vieja ciudad sus monumentos; los palacios son raros; las calles están formadas por casas sencillas, pobres; si se exceptúa la Catedral, nada hay aquí que no encontremos en cualquier diminuto y arcaico pueblo de las Castillas. Mas el espíritu de la antigua España —y esto es el todo— se respira en estas callejas, en estos zaguanes sórdidos, en estas tiendecillas de abaceros y regatones, en estos obradores de alfayates y boneteros, en este ir y venir durante toda la mañana de nobles y varoniles rostros castellanos, llenos, serenos, y de caras femeninas pálidas, con anchos y luminosos ojos que traducen ensueños. Yo he caminado absorto por estas calles.

Las calles tienen su alma en sus títulos; y las de León poseen el privilegio, rancio y aristocrático, de los rótulos castizos. ¿No os dice nada la calle de las Barillas? ¿Y la de la Revilla? ¿Y la de la Cazalería? ¿Y la de los

Cardiles? ¿Y la de la Plegaria? ¿Y la del Conde de Luna? Sobre las tiendecillas y los portales campean rótulos en que leéis apellidos que no os dicen nada y que os sugieren un mundo de cosas imprecisas y remotas. *Obra-dor de sombrerería de Isidoro Pirla*, dice en esta parte. *Confitería de Tomás Rodríguez*, dice en la otra; y más lejos, en grandes letras negras sobre un grisáceo fondo: *J. Pernia, procurador*. ¿Qué ideales, qué dolores, qué fugitivas alegrías, qué horas lentas, monótonas, representarán todas estas vidas opacas que nos indican estos letreros? ¿Qué mundo de sensaciones tan hondas, tan grandes como las de un héroe o de un poeta simbolizarán estos nombres desconocidos, oscuros, metidos en sus tiendas pequeñas y en sus estudios?

Nuestro paseo continúa. De cuando en cuando, al volver de una esquina, aparecen, en el fondo, por encima de los tejados negruzcos, sobre el cielo azul y diáfano, las dos torres agudas, esbeltas, de la Catedral. Acaso en un balcón, una muchacha, que cose silenciosa, levanta la cabeza y fija los ojos en nosotros. ¿Se llamará Constanza, Blanca, Lu-

cinda o Leonor? Nos detenemos un momento, atraídos por una fuerza desconocida; luego proseguimos nuestra marcha un poco entristecidos, no sabemos por qué. Y ya nos hallamos en una ancha plazuela solitaria. Yo no he experimentado jamás una sensación tan intensa de soledad y de sosiego como ahora. Entre los guijos menudos que forman el piso de la plaza crece la hierba clara; unas acacias pálidas cercan el ancho ámbito y destacan su follaje sobre los viejos muros; las ventanas aparecen cerradas, y de rato en rato unas palomas vienen lentas, caminan un instante sobre las piedras y tornan a marcharse pausadas. Y hay por la plaza solitaria, esparcidos, papeles rotos, esos papeles que el viento lleva de una parte a otra, que son como el símbolo del abandono y de la dosolación, y en que encontramos frases truncadas que tienen la elocuencia de lo incomprendido y de lo absurdo. Yo he recogido de estos papeles en la plazuela del Conde de la vieja ciudad; entre ellos ha venido a mis manos —traída por el sabio azar que concierta las cosas— una tarjeta extraña. No podía ir a otras manos sino a las de un observador que se des-

entiende de los grandes fenómenos y se aplica a los pormenores triviales. Esta blanca cartulina es de una monja. «La Abadesa y Comunidad de Religiosas concepcionistas franciscas de León», rezan los caracteres impresos; y a continuación, con letra sutil y clara de mujer: «Mi amadísimo don Paco: le mando el libro, enmendadas las erratas; lo que reste hasta igualar, puede quitarlo usted de los alcoholes y comercio, sobre todo del de don Cipriano Puente; y puede quitar usted también algo de vino.—Sabe le ama en Cristo su afectísima y s. s., *Sor Gabriela de la Purificación...*»

El ensueño está en marcha. ¿Quién no hubiera echado a volar su fantasía ante esta tarjeta, encontrada en la desierta y vieja plazuela leonesa del Conde? Sor Gabriela es la abadesa de un convento; sor Gabriela tendrá las manos blancas, de color de cera, transparentes; sus ojos mirarán con una serenidad dulce; en sus labios vagará una sonrisa de melancolía y resignación. Sor Gabriela andará despacio, en silencio. El claustro que conduzca a su celda estará enjalbegado con cal blanca; se verán limpios, fregados, los ladrillos

rojos del piso, y la luz, una luz viva, fúlgida, reverberará con la misma intensidad desde la mañana hasta la noche. Sor Gabriela tendrá sobre una mesa un cristo de marfil, acaso también un libro místico de Granada o de Nieremberg, y, con toda seguridad, un jarrito de tosca porcelana en que habrá puesta una vara de nardos. Sor Gabriela, a lo largo del día, leerá un breve rato en estos libros, y otros ratos abrirá otro gran libro blanco e irá escribiendo en él con su letrita alargada y etérea. Lo que sor Gabriela escribe en estas páginas son las cuentas prosaicas del monasterio. Santa Teresa quería, en su *Modo de visitar los conventos de religiosas*, que se llevaran escrupulosamente estas cuentas. «Lo que quise comenzar a decir es —escribe— que se miren con mucho cuidado y advertencia los libros del gasto.»

Y este libro de que habla la mística doctora es precisamente el libro que sor Gabriela —como se lee en su tarjeta— le mandó para su examen a don Paco.

¿Dónde vivirá sor Gabriela? ¿Qué patio sosegado, con laureles y rígidos cipreses, se verá desde las ventanas de su celda?

Una criada

(1590)

LAS criadas forman en nuestra vida una de las más queridas ilusiones. ¿Quién no recuerda a María, a Isabel o a Remedios, aquella linda muchacha de ojos azules, traviesa, ligera, que cuando éramos niños travesaba con nosotros? ¿No vemos al surgir su figura en nosotros un jardín, una glorieta de pueblo, con evónimus llenos de polvo, con unos faroles puestos en postes de madera, un poco inclinados por los furiosos vendavales del invierno? ¿No vemos nuestro cuarto, nuestra cama, nuestro lavabo, nuestro pupitre, donde teníamos un cuaderno de calcomanías, unos grabados recortados de los periódicos y unos libros con las puntas redondas, gastadas? ¿Y

no sentimos risas alegres, alocadas, que salen a borbotones de unos labios rojos, en tanto que la cabeza, aureolada de revueltos cabellos dorados, se echa hacia atrás? ¿Y no volvemos a experimentar, a tantos años de distancia, la sensación de una mano que aprieta nuestra mano de adolescente y de un cutis tibio y sedoso?

No hablemos de esto: la tristeza —una suave tristeza— viene a nuestro espíritu. Más tarde, en la vida, hemos caminado por el mundo; otras figuras de otras muchachas ligeras y agradables han venido a unirse a ésta que hizo nacer en nuestra niñez las primeras ilusiones; tal vez llegamos un día, cansados de la vida cortesana, a una pequeña y vieja ciudad de provincia; es por la noche; nos hemos acostado en la paz profunda del pueblo; a la mañana siguiente abrimos el balcón; hemos dormido con un sueño no interrumpido; comenzamos a sentir en este reposo provinciano una dulce y profunda alegría del espíritu; el sol ilumina la calle; el cielo está radiante de azul. Y en el balcón de enfrente (mientras un vendedor lanza su grito o un viejo velonero hace resonar la calle con su tintineo sonoro)

vemos una linda muchacha, con los brazos medio desnudos, encendida, que canta y que tal vez limpia unos cristales. Sentimos en un instante la armonía entre la hora matinal, la luz, el silencio de la vieja ciudad, el azul del cielo y la alegría instintiva de esta muchacha, y ya este minuto grato no se borrará nunca de nuestro espíritu.

Y luego, a través de los años, otras y otras muchachas que encontramos en los paradores de los pueblos, en las fondas, en las casas provincianas, en los campos, van poniendo en nuestra vida momentos fugitivos de alegría y de satisfacción. Y esta condición de momentaneidad, de cosa pasajera, de cosa imprevista y que no buscábamos, es precisamente lo que hace que en nuestra alma quede de estos minutos un recuerdo más dulce, más enternecedor que el de aquellas otras horas más preparadas, más largas, más buscadas y más ansiadas.

Un inmortal español, Miguel de Cervantes, tenía una gran simpatía por estas muchachas; él había caminado mucho, había frecuentado mucho los mesones, hostales y ventas, y sabía lo que vale la alegría fugaz. ¿Cómo no recor-

dar que a una de sus más interesantes figuras femeninas la hizo criada en un mesón? Aludimos a la *Ilustre Fregona*. Y hay en esta misma novela otra criada, que no aparece en el curso del relato, que el autor nombra por incidencia, pero que despierta en nosotros un vivo interés. Esta criada se llama Marinilla; vive en la venta Tejada; dos arrieros que van a Toledo hablan de la *ilustre fregona*, y para ponderar su hermosura, uno de ellos le dice al otro que es tan linda, que, en comparación suya, Marinilla, la de la venta Tejada, «es un asco». Y no sabemos más. ¿Cómo era esta Marinilla? ¿Qué hacía en esta venta solitaria, perdida en la triste llanura manchega? ¿Cantaba mucho? ¿Cantaba estas tonadillas breves, ya alegres, ya tristes, que ahora, cuando algún erudito nos las canta, no nos entusiasman? ¿Subía triscando las escaleras? ¿Reía súbita y misteriosamente? No sabemos nada. Todo se pierde; todo decae; la tradición de las lindas criadas se acaba en la vieja tierra española. Cuando el gran poeta Garcilaso fué a Francia, le escribió una epístola a su amigo Boscan, y en ella le decía que sólo había encontrado allí «vinos acedos, camareras feas». Garcilaso era tam-

bién un entusiasta de las criadas bonitas, y al ir a un país extranjero lo primero que hizo fué reparar en ellas. Todo lo cambia el tiempo; entonces las de España valían más que las de Francia; hoy —que no se vea en esto antipatriotismo— están más en alza las francesas...

Un pobre hombre.

(1600)

ESTE pobre hombre estaba paseando en su huerto. Esta es la verdad pura; tres cosas pueden hacer feliz a un humano: un libro, un buen amigo y un huerto umbrío. Nuestro hombre posee su huerto; tiene en él manzanos, milgranos con sus flores rojas primero, y luego con sus pesadas granadas; azufaios, perales, membrilleros, albaricoqueros con sus albaricoques mantecosos y aromáticos, cerezos, acaso naranjos. Y entre toda esta copia de frutales diversos, él ha puesto sus amores y sus solicitudes de agricultor y de propietario en un bello, en un maravilloso peral que produce las más exquisitas peras y del cual todos los labriegos de la comarca hablan con

pasmo. Este peral estaba él contemplando precisamente cuando ha visto venir corriendo hacia él a un muchachito de la casa; el mocito se ha detenido al verle y ha comenzado a hablar. Nuestro amigo no le entendía; el mocito parecía turbado por la emoción, y al mismo tiempo la larga carrera dada desde la casa al huerto le hacía acezar y entrecortaba sus palabras. Pero al cabo, el pobre hombre ha entendido algo de «inquisidor» y de que «le esperaban en la casa». No pintaremos el pasmo que se ha apoderado de nuestro amigo. ¿Qué significaba esto de inquisidor? ¿Le esperaba a él acaso la Inquisición en su casa? Perplejo, turbado, se ha salido del huerto; un sudor frío comenzaba a empañar su frente. De que ha llegado a la casa, ya nuestro amigo casi no podía tenerse en pie; estaba profundamente pálido; tembloteaban sus manos. Y entonces, al entrar en la sala, ha visto que un escudero se inclinaba ante él y le decía gravemente —como deben hablar los escuderos—: *Mi señor el inquisidor ruega a vuestra merced...* Y no ha podido oír más este pobre hombre; súbitamente su vista se ha ofuscado, han flaqueado sus piernas y nuestro

amigo ha caído a tierra abrumado, inerte. Le han llevado a la cama; el pobre hombre, en su alucinación, veía ya delante sí los ladrillos, las garruchas, los cordeles y las vergicas llenas de clavos con que dan tormentos los señores inquisidores. Tal vez lo que él temía más eran las dichas y curiosas vergicas; ellas sirven para producir el tormento del sueño, y de ellas habla en su *Praxis ecclesiastica et sæcularis* el ilustre catedrático de Salamanca don Gonzalo Suárez de Paz. Claro está que para proporcionar el tormento del sueño hay varios sistemas, entre otros, el español y el italiano; pero hemos de confesar (aunque sufra con ello nuestro patriotismo) que el sistema italiano, como dice el señor Suárez, «es muy mejor y por muy mejor estilo que el español». Y el mismo Suárez de Paz, en la página 242 de su libro (edición de 1790; la primera es de 1583), lo describe de esta suerte: «Tiene hecho la justicia cierto ingenio a manera de un reloj de arena, de estatura de un hombre poco más, que tiene nueve o diez vergicas, todo redondo, y por todo él sembrados muchos clavos, las puntas para adentro, del largo de un gemo, y las puntas muy agudas; y al

que han de atormentar lo desnudan en carnes, salvo unos paños menores, y le meten dentro del dicho tormento, el cual es tan angosto, que no cabe más de solo el atormentado; y viene tan justo con las puntas de los clavos, que tocan con las carnes algún tanto, y tiene atadas las manos atrás; y son tantos los clavos que el artificio tiene, que puede haber de uno a otro cuatro o cinco dedos; y de esta manera le tienen allí metido el tiempo que al juez le parece; y como está en pie, que no se puede sentar ni arrimar de una parte a otra sin meterse los clavos por el cuerpo, el juez le está preguntando de rato en rato: *Si quiere decir verdad*, y en ninguna manera no puede dormir, si no antes da voces y gritos, porque es tormento bravo y muy cruel.»

En este sutil artificio se veía ya metido nuestro amigo. Y por esta causa su estupefacción ha sido profunda cuando, al volver en sí, se ha visto acostado en su cama. Ha preguntado lleno de asombro a los deudos y amigos que le rodeaban, y éstos le han contestado que lo que el inquisidor, su vecino, requería de él era que le hiciese la merced de mandar-le unas peras del soberbio y maravilloso peral

que él tenía en su huerto. Entonces nuestro amigo, lleno de una inmensa alegría, entre la sorpresa de todos, se ha levantado corriendo de la cama, ha ido al huerto, ha hecho arrancar el peral y se lo ha enviado entero y verdadero al inquisidor.

El señor H. de Luna cuenta esta anécdota en el prólogo de su continuación a la *Vida de Lazarillo de Tormes*; y ella puede instruirnos sobre el grande temor, sobre el profundo respeto que la Santa Inquisición, estatuida para perseguir la herética pravedad, inspiraba a nuestros abuelos.

Don José Nieto.

(1656)

Todos conocéis a don José Nieto. —«No, no»— diréis vagamente vosotros, tratando de recordar tal nombre y conviniendo al fin en que no acude esta figura a vuestro cerebro. —«No, no»— repetiréis vosotros. —Sí sí— afirmo yo—; todos conocéis a don José Nieto. El pintor don Diego ha colocado las figuras y ha comenzado a pintar el cuadro: delante, enfrente de él, en un testero del salón, están nuestro amado monarca Don Felipe y nuestra reina Doña Mariana. Después, al lado del pintor, una niña con la cara sonrosada y el pelo de oro se arrodilla ante la linda infantita Margarita María y le ofrece un búcaro bermejo; otra niña gentil permanece en pie,

un poco inclinada, a la otra vera de la infanta; a par suyo, Mari-Bárbola, la enana, tiene la mano puesta en el pecho y se yergue silenciosa con una gravedad digna; un enanito, Nicolás Pertusato, vivaracho y nervioso, pone uno de sus pies diminutos sobre un noble y paciente can que dormita epicúreo con los ojos a medio abrir. Serios y atentos, una dueña, un servidor de Palacio y don José Nieto, detrás del grupo de los niños, esperan que el pintor dé principio a la obra. En la cámara hay una grata y fresca penumbra; cae fuera un sol abrasador de estío. Don Diego ha cogido ya los pinceles y se apresta a pintar. Entonces, antes de comenzar su obra, se detiene un momento ante el lienzo, echa la vista en derredor suyo, mira la luz de las ventanas, observa la puertecilla del fondo... y lentamente se dirige a don José Nieto. Don Diego le dice a don José que él debe colocarse allá en el corredor, subiendo por unos breves escalones de piedra, junto a una cortina. Don José hace una reverencia y se encamina lentamente hacia la escalinata. Y aquí lo habéis visto todos con su chapeo forrado de joyante seda en una mano, con su capita veraniega de ta-

fetán, con su cráneo fino y medio acalvado, con sus ojos sutiles, que, desde lejos, no quitan ni un punto la mirada del señor Don Felipe y de la señora Doña Mariana.

Y ¿quién es este don José? ¿Qué hace? ¿Dónde vive? Acaso don José ha estado en Flandes o en Italia; allí habrá hecho algunas cosas enormes, terribles; después, un poco cansado, se habrá vuelto a Madrid, parándose en las posadas, caminando en un enorme coche; en Madrid don José tendrá un grande y pétreo caserón; un extenso huerto se espaciará detrás de él; en los muros del huerto habrá una puertecilla a través de la cual una sombra sigilosa se deslizará por las noches. Tal vez en un viejo estante de la casa reposará un volumen con los *Sonetos* de Petrarca, o un ejemplar —esto es seguro— de la *Consolación filosófica* de Boecio. Don José, quizá, tiene un carácter tremendo, irascible; todos los días al volver a su casa armará un escándalo formidable porque el lacayo ha tardado un segundo en abrirle la puerta, o porque una dueña no se ha retirado a tiempo para que él cruzara erguido por el pasillo.

Si no le van a la mano,
ayer, con cólera insana,
echa por una ventana
a una dueña y un enano.

Es posible que don José esté a punto de echar también todos los días por el balcón a una dueña y a un enano, como este personaje de *La Sirena de Tanacria*, de Córdoba Figueroa. Y como él, a pesar de todo, es bueno, es dulce, luego, pasado este arrechucho, comprenderá que ha hecho mal, sentirá un profundo arrepentimiento y cogerá, para confortarse, el libro *De Consolación* de Boecio, o los *Sonetos* de Petrarca. Y después, este hombre terrible se irá, ya consolado, lentamente, a Palacio, y allí se pondrá en la escalera, junto a la cortina, para que don Diego lo pinte y nos lo muestre como un hombre muy plácido, muy sosegado, muy suave, que no es capaz de tirar por una ventana, ardiendo en cólera, a una dueña y a un enano.

En la Alhambra.

(1829)

EN la primavera de 1829 vino a España Washington Irving; es esta época del año la más a propósito para viajar por Andalucía. Entonces aun no había ferrocarril; el escritor americano iba en compañía de un amigo; les asistía llevando los yantares para el camino un medio escudero que les contaba mil historias fantásticas de ladrones, de moriscos, de guerras pasadas y de hazañas remotas. No se puede desear un mejor viaje que el que hizo Washington Irving: iban caminando lentamente; observaban las tierras por donde pasaban; admiraban los bellos paisajes; se detenían en las alquerías y cortijos; preguntaban a los caminantes que se cruza-

ban con ellos en el camino; cuando era hora, se detenían bajo los olivos, ponían sus mantas o capas en el suelo y comían con toda calma, en la serenidad de un ambiente tibio y sutil, teniendo a lo lejos la perspectiva de una montaña azul.

Cuando llegaron a Granada, el amigo de Irving se despidió y el escritor americano se quedó solo. Entonces él, puesto que había venido a España para visitar la Alhambra, creyó que lo mejor que podía hacer era irse a vivir a ella. Así lo hizo; de la Alhambra tenían entonces cuenta las siguientes personas, que formaban una familia: doña Antonia, Dolores y Manuel. Dolores y Manuel no eran hijos de doña Antonia, sino sobrinos suyos, hijos de diferentes hermanos. Doña Antonia, o *la tía Antonia*, era una mujer grave, sencilla, afable; tenía por principal misión el cuidar de los jardines interiores de la Alhambra. De Manuel sabemos que era un joven de verdadero mérito — *a young man of sterling worth*—; estudiaba Medicina; había servido al rey en América, y estaba enamorado de su prima. Respecto a Dolores o Lolita, habremos de decir que era gordezuela, que tenía los ojos

negros —*black-eyed andalusian*—, que todas sus ilusiones las cifraba en unas palomitas que tenía en un palomar, y que, en resolución, era tan jovial, tan sociable, tan comunicativa, que merecía llevar —dice el autor— un nombre más alegre que el que llevaba.

Esta era la familia con quien vivió Irving en Granada; los días pasaban dulcemente para él; su habitación era una ancha y vieja sala del palacio árabe que él mismo se arregló; él daba paseos largos y solitarios por los boscajes; alguna vez, en las noches de luna, paseaba por el patio de los Leones, por las estancias abandonadas del palacio. Y así, en esta dulce, inefable calma, fué escribiendo las páginas de este libro tan bello, tan delicado que se llama *The Alhambra*, uno de los pocos libros sutiles y generosos que se han escrito sobre España.

Arrazola.

(1860)

DON Lorenzo Arrazola es presidente del Consejo de ministros; en España no es muy difícil llegar a ser presidente del Consejo de ministros. Cuando don Lorenzo se levanta por la mañana, a las nueve, y sale de su alcoba, comienza ya a gobernar; esto es una cosa terrible. Don Lorenzo sale con un gorrito en la cabeza; anda despacito; su cara está cuidadosamente afeitada; sólo unas patillas cortas, estrechas, claras, descenden desde sus sienes por el lado de las orejas. Don Lorenzo entra en su despacho caminando lentamente, un poco encorvadito; en él ya le espera Remigio; éste es su secretario particular, el hombre de su confianza.

—Buenos días, don Lorenzo —dice Remigio.

Don Lorenzo se detiene ante la mesa, tose un poco, acaricia instintivamente un libro y dice:

—¿Qué hay, Remigio? ¿Qué tenemos hoy?

Remigio se pone serio, grave, como quien va a dar una noticia sensacional, desagradable; él la trae, en efecto, y es preciso que se la comunique a don Lorenzo.

—Don Lorenzo —dice Remigio—, ocurre algo grave; esta noche pasada, en Córdoba...

Pero antes de que Remigio acabe de decir las cosas estupendas que han ocurrido en Córdoba, don Lorenzo, que ha estado tirando del cordón de la campanilla sin que la campanilla sonara, exclama un tanto indignado:

—¡Caramba, hombre! ¡Yo no sé cómo no arreglan esto!

Lo que quiere don Lorenzo es que le traigan el desayuno, y como la campanilla no funciona, Remigio sale y va a avisar. Al cabo de un momento torna éste, y viene también una criada con un ancho tazón de café

con leche y unos bizcochos. Don Lorenzo principia a desayunarse y Remigio comienza otra vez a contar los sucesos tremendos de Córdoba.

—Decía a usted, don Lorenzo —prosigue Remigio—, que en Córdoba han ocurrido en la noche pasada graves sucesos. Dicen las noticias que se acaban de recibir que...

Y al llegar aquí Remigio, don Lorenzo lanza un pequeño grito: «¡Caramba!». Es que uno de los bizcochos que había mojado en el café con leche y que ya se llevaba, bien empapado, a la boca, se ha roto casi al llegar a ella, ha caído pesadamente y ha manchado un libro de la mesa y salpicado la levita de don Lorenzo.

—¡Caramba! —repite apesadumbrado don Lorenzo—. ¡Yo no sé —añade— de qué hacen ahora los bizcochos!

Y entre él y Remigio comienzan a limpiar el libro manchado y luego las salpicaduras de la levita. Esta es una de esas ligeras contrariedades que no representan nada, que no son nada, pero que nos llenan de malhumor y que durante un largo rato, a pesar nuestro, hacen que no pensemos mas que en ellas.

Las manchas de la levita de don Lorenzo no desaparecen del todo; es preciso que Remigio vaya a buscar a la alcoba un poco de agua. ¿Por qué habrán caído estas manchas en la levita de don Lorenzo? ¿No es esto verdaderamente desagradable? Cuando Remigio ha acabado de frotar y refrotar las manchas, se dispone, como es natural, a continuar su relato.

—Decía, don Lorenzo, que anoche en Córdoba...

Pero la criada que ha traído el tazón de café aparece en este momento para retirar el servicio.

—Mira, mira, Isabel —le dice don Lorenzo señalando las manchas de su levita—. Mira estas manchas que han caído ahora; me voy a quitar la levita y la lleváis al tinte, para que esté aquí esta tarde misma.

Don Lorenzo entra en su alcoba, permanece en ella un momento, y luego sale vistiendo otra levita y con la manchada en la mano; un reloj suena con diez sonoras campanadas; un cuquito se asoma y dice: *Cu cu, cu cu, cu cu...*

—¡Hombre —dice este viejecito don Lorenzo—, las diez!

Las diez es la hora en que don Lorenzo tiene una cita trascendental con un personaje importante; comienzan él y Remigio a andar hacia la calle; el coche espera en la puerta para llevarlos a la Presidencia del Consejo. Cuando don Lorenzo ha subido y se ha sentado en él, Remigio, que está subiendo y que va a sentarse también, se dispone una vez más a hacer el relato de los terribles sucesos ocurridos en Córdoba.

—Lo que ha ocurrido en Córdoba esta noche pasada —dice—, ha sido que...

Pero Remigio no puede continuar.

—¡Diablo! —exclama don Lorenzo.

Es que don Lorenzo se ha acordado, al tentarse los bolsillos, de que la cajita de pastillas para la tos que él usa se ha quedado en la otra levita; no puede don Lorenzo pasar sin estas pastillas, y Remigio baja del coche y sube corriendo las escaleras para traerlas...

Carlos Rubio.

(1865)

Si penetramos en el cuarto de nuestro amigo Carlos Rubio, nos quedamos un poco sorprendidos. Antetodo, hemos tenido que recorrer unas callejuelas apartadas; luego hemos penetrado en un zaguanello, donde, como en todos los zaguanes de esta época, hay un pequeño apartijo para que los transeúntes puedan recurrir a él en determinado momento y no sientan estas o las otras molestias. El ambiente del zaguán no es muy grato; pero ascendemos rápidamente por unas escalerillas oscuras, estrechas, y nos hallamos ante una puerta chiquita, en que vemos un cordón mugriento; tal vez, si nos fijamos, observaremos también en la pared el sitio donde debe ser

puesto un quinqué —que ya no se pone hace tiempo—, y arriba, en el techo, un redondel de humo. Y penetramos en el cuarto de nuestro amigo, después de haber llamado seis u ocho veces. El mismo Carlos ha venido a abrirnos la puerta. Carlos lleva una americana rota, sobada; sus pantalones, sin forma, mal ceñidos, parece que a cada momento van a deslizarse hacia el suelo y muestran en sus extremidades unos flecos llenos de barro; las botas de Carlos están deslustradas, polvorientas, medio rotas; y en torno del cuello de nuestro amigo, tapando a medias una camisa negruzca y ajada, se anuda un pañuelo de seda que hace tiempo fué blanco.

Hemos saludado a nuestro amigo. Carlos, al vernos, nos ha tendido el brazo sobre el hombro; su barba y su cabello eran largos, revueltos, y en su mirada brillaba una luz de inteligencia viva, de intuición, de bondad, de efusión. Y esta luz de inteligencia y de bondad es la que envuelve a nuestro amigo y hace olvidar el desaliño tremendo de su traje y de su persona. ¿Qué misterio hay en estos hombres efusivos, todo corazón, que opera el milagro de que en presencia de ellos y en un

momento desaparezcan todas las cosas que nos rodean, todas las miserias humanas, y nos encontremos como en una región superior, como en una esfera espiritual que nosotros desconocíamos? ¿Cómo y de qué suerte estos hombres humildes y extraordinarios ennoblecen lo que en otros hombres sería motivo de desdoro, y hacen que aun los parajes más prosaicos que ellos habitan se transformen y dignifiquen súbitamente? Carlos es de estos hombres; diríase que para él no existe la realidad exterior; es poeta, es orador; una fuerza intensa mental le lleva como en suspenso, como en volandas, por la vida; en los tiempos antiguos hubiera sido un místico de los que apasionan a las muchedumbres, que los acosan, los apretujan y les cortan en pedazos los hábitos. Y ahora, en estos tiempos, Carlos vive en este cuchitril, en que contamos una camita de hierro desnivelada, crujidora, dos o tres sillas de enea desfondadas, una mesa atestada de libros rotos y periódicos atrasados, y una percha con un sombrero ancho manchado de mugre. ¿Por qué vive así Carlos? Y ¿qué le importa a Carlos todo esto? ¿Qué le importa el llevar un pantalón roto y un sombrero grasiento? El

tiene una amplia sonrisa de bondad; él, cuando se encuentra a un amigo, tiene este gesto peculiar, rápido, instintivo, de echarle el brazo sobre el hombro; él, cuando vienen a pedirle una cosa y comienza a hablar el pretensor, ya está diciendo instintivamente: «sí, sí», antes de saber de qué se trata; él subirá en una hora treinta escaleras, y después veinte, y luego cuarenta, y hablará con diez o doce personas, por hacer un favor a un desconocido que se ha presentado inopinadamente en su casa; él, en fin, el día que vaya a recibir una merced o cargo que tienen empeño en conferirle, no se presentará a recibir tal don, y dejará descuidado que marche sola la vida, con sus altos y bajos.

Este es el queridísimo amigo Carlos. No lo hemos conocido; pero sentimos por estas grandes figuras que la Historia ha olvidado, y que serán las primeras algún día, una profunda simpatía. ¿Qué valen, al lado de estos «puros espíritus», los que han llenado las *Gacetas* y el Parlamento con sus voces y con sus prosas? El día 17 de junio de 1871, el periódico *La Nación* publicaba, en el más lejano rincón de su tercera plana, esta noticia: «El distingui-

do escritor don Carlos Rubio ha fallecido, a las doce del día de hoy. Es una gran pérdida para las letras y la patria española.» Debajo viene el pie de imprenta, que dice: «Madrid, 1871. Imprenta a cargo de J. M. Faraldo, Sordo, 4 duplicado».

Oudrid.

(1865)

NUESTRO querido amigo don Cristóbal Oudrid coge su sombrero, se pone sus botitas de charol reluciente y se marcha al teatro. El teatro está medio a oscuras; es por la tarde; en el techo se ven unas lucernas que arrojan a la sala un pálido resplandor de sol. Cuando llega don Cristóbal al teatro, todos los músicos de la orquesta están haciendo probanzas con los instrumentos; los violines hacen: *ti, tiii, ti*; la flauta hace: *ta, tará, tará*; el violoncelo gime: *tu, tuuu, tu*; el grave y solemne violón zumba: *to, tooó, to*. En el escenario hay varios señores sentados en sillas de paja; uno de ellos, algo gordo, tiene colocado el sombrero de medio lado, y con el dedo ín-

dice de la mano izquierda —lleno de gruesos anillos— sacude de cuando en cuando la ceniza del cigarro.

Don Cristóbal ha llegado con su paso menudito, saluda a todos y se quita el gabán. «Bueno —dice después—; vamos a ver si hoy adelantamos algo». Se sienta don Cristóbal en un asiento elevado que se ve en el centro de la orquesta, y todos los instrumentos, los violines, los clarinetes, los violoncelos, el grave violón, van apaciguando sus voces, callando. «A ver, Pepita —añade don Cristóbal, dando un golpecito con la batuta en el atril—; a ver, Pepita, si queda bien, ante todo, la escena segunda». Pepita se ha adelantado hacia las candilejas; vemos una muchacha esbelta, fina, que se cimbreaba al andar; es morena, tiene la tez de ese tenue, suave color bronceado, que tan raro es encontrar y que da a algunas partes de la cara un maravilloso matiz de ámbar; unos rizos sedosos, que parece que son movidos ligeramente por un viento invisible, se adelantan sobre las sienas de Pepita, y en sus pies, sobre la delicada arcatura, en el escote del zapatito de charol, una media sutil de seda deja transparentar la carne nacarada...

«¡Vamos, Pepita!» — repite don Cristóbal, dando un golpecito en el atril. La orquesta comienza a tocar, y Pepita tose un poco, hace revolar su mano como una mariposa sobre los rizos de su frente y canta con una vocecita cristalina, de pájaro:

Salta Aquiles los muros de Troya
y gana el lauro del vencedor;
si hasta el cielo llegara esta tapia
la escalaría también mi amor.

Al llegar a este punto, don Cristóbal grita dando unos fuertes golpes sobre el atril: «¡No, no; no es eso!» Y luego, cuando ha callado la orquesta, don Cristóbal canta dando grandes voces y moviendo los brazos violentamente:

Salta Aquiles los muros de Troya
y gana el lauro del vencedor...

«Tenga usted en cuenta, Pepita —añade don Cristóbal—, que usted representa un papel de hombre, que acaba usted de saltar las tapias del jardín para ver a su amada, y que esto ha de ser dicho con más vivacidad, con más picardía». Y don Cristóbal añade dando

otro golpecito: «¡Vamos otra vez!» Comienza a tocar de nuevo la orquesta, y Pepita canta:

Salta Aquiles los muros de Troya
y gana el lauro del vencedor;
si hasta el cielo llegara esta tapia
la escalaría también mi amor.

«¡Bien, bien!» —grita don Cristóbal sin dejar de dirigir la orquesta—. «¡Adelante!» Pero unos recios, unos formidables martillazos sueñan de pronto en el fondo del escenario; es imposible entender nada; Pepita se detiene; calla la orquesta de pronto y don Cristóbal grita un poco enfurecido: «¡Antonio, Antonio! ¿Qué escándalo es este de todos los días? ¿Es que no vamos a poder ensayar en paz?» Aparece en el fondo, casi sumido en la sombra, un maquinista con un grueso martillo en la mano. «Perdone usted, don Cristóbal —dice—, pero es que hay que poner la decoración para el segundo acto.» «Hombre, no, caramba! —exclama don Cristóbal—. Entonces, ¿cuándo vamos a ensayar nosotros?» Y luego comienza otra vez la orquesta a tocar y don Cristóbal hace una seña a Pepita. Y Pepita canta con su voz adorable, melodiosa, de pajarito:

Salta Aquiles los muros de Troya
y gana el lauro del vencedor...

Y cuando el ensayo ha terminado, don Cristóbal se despide afectuosamente de todos y se marcha con su pasito corto. Es ya casi de noche. Don Cristóbal compra un número de *La Nación*, que acaba de salir con el extracto de un discurso maravilloso de Ayala, y se marcha un rato al café de Pombo.

Un madrileño.

(1890)

Y usted, don Fulgencio, ¿no se aburre?
—¡Cá, hombre! ¡Quite usted de ahí!
¡Caramba!

Don Fulgencio es un hombre de unos sesenta años. Va todo afeitado; lleva una sencilla cadena de oro y un traje negro.

—Y ¿por qué no se aburre usted?

—¡Toma! Porque yo paso el día distraído.

Don Fulgencio, que estaba limpiando las gafas con su blanco pañuelo, se las pone, se las afirma bien, mira a su interlocutor y exclama sonriendo:

—¡Eso es!

Todos los contertulios aprueban lo dicho

por don Fulgencio. Uno dice: «¡Claro!»; otro: «¡Tiene razón!»; un tercero: «Cada uno pasa el tiempo como quiere».

—¡Alto allá! —exclama don Fulgencio al oír esta última observación—. No se pasa el tiempo como uno quiere, sino como se puede.

Los interlocutores se hallan en una pequeña librería de la calle de Carretas. No hay en ella sino unos pocos libros nuevos y sin importancia. Todos los estantes están llenos de viejos libros, de esos libros viejos de quien nadie se acuerda, que nadie cita nunca, y que, sin embargo, cuando los encontramos alguna vez en una casa de campo (en un armario, entre legajos y recuerdos de familia), nos proporcionan un momento de solaz. Son libros encuadernados en pasta, con los cantos rojos o verdes; unos pequeñitos, traducciones impresas en La Haya o en Amsterdam, con el título bermejo y los tipos toscos; otros, grandes, en folio, bellamente impresos por Ibarra o Benito Cano, con anchas láminas, libros cuyas hojas hacen un ruido sonoro al ser pasadas, libros de los que se desprende un olor de humedad.

Don Fulgencio, con su cara rapada, con su

traje negro y sus gafas, está sentado junto a un estante; su cabeza reposa de cuando en cuando en el *Viaje de Anacarsis*. Hay en la tertulia un cura; un viejo periodista —colaborador de algunos periódicos de provincias— que lleva siempre los bolsillos llenos de papeles, autor de un libro sobre las Regalías; un jovencito que siempre acompaña a este periodista, que no dice nunca nada y que publica unos artículos tremendos en periódicos republicanos; el librero y los dependientes de la librería. En el fondo, oscuro, lóbrego, se ven montones de libros, más estantes llenos de libros.

—Bueno; pero vamos a ver, don Fulgencio, si usted pudiera vivir en una ciudad más divertida que Madrid, en París, por ejemplo, ¿viviría?

—¡Déjeme usted de París! ¡Caramba! Yo en Madrid estoy bien y no deseo otra cosa; cada uno tiene su plan de vida y sabe sus cosas. ¡Déjeme usted de París!

El jovencito, que se hallaba examinando un libro, se detiene un momento y mira a don Fulgencio.

—La mitad de los hombres infelices que

existen —prosigue don Fulgencio— es porque no quieren resignarse a vivir como viven. Hay que seguir por el camino que tenemos delante sin pensar en otro..., sobre todo cuando no podemos seguir otro. Yo soy un madrileño y he vivido en Madrid toda mi vida. Tengo aquí mis amigos y mis parientes; me he formado mis costumbres, mis hábitos; dedico unas horas a una cosa, otras horas a otras. Encuentro aquí lo que a mí me gusta; vivo modestamente y sin sobresaltos... ¿Para qué voy yo a desear otra cosa? Ni, ¿qué falta me hace a mí?

Entra en la librería un comprador.

—¿Tienen ustedes la *Población rural*, de don Fermín Caballero? —pregunta.

—Un buen libro —dice don Fulgencio levantándose.

El librero y los dependientes se ponen a buscar el libro.

—Ea, señores, adiós —dice don Fulgencio.

—Adiós, don Fulgencio, hasta mañana —contestan todos.

Hace un claro y tibio día de invierno; un día madrileño, en que el aire es sutil y transparente. Son las diez de la mañana. Don Ful-

gencio, envuelto en su capa negra, con negras vueltas de veludillo, baja lentamente por la calle de Carretas y se encamina, por la de Alcalá, a la Castellana. Después de dar su paseo al sol, se dirige a su casa. La casa se halla en sitio no muy apartado del centro, y, sin embargo, la calle es silenciosa y tranquila. Es una de esas calles que no son paso para ninguna gran arteria, y desde las cuales, en cuatro pasos, se está en el centro de la ciudad.

El cuarto que habita don Fulgencio es amplio, limpio y silencioso; se ven en él unos muebles anticuados: sillas de alto respaldo, largo y estrecho; mesas con labores de taracea, consolas con columnitas retorcidas, ventrudas cómodas. Una criada vieja hace el servicio. Las maderas de los balcones están siempre entornadas, casi cerradas, en invierno y en verano; un gato, replegado sobre una silla, mira vagamente con sus ojos de oro. En un estante, al lado de las comedias de Bretón de los Herreros, se ve una Colección legislativa.

Don Fulgencio come a la una. Después se sienta en una butaca y dormita un poco; a la tarde, coge su capa y se marcha a un café,

donde charla con varios amigos. En 1868, don Fulgencio estuvo en Londres comisionado por el Gobierno; iba con él un criado; al cruzar el estrecho de Calais se vieron en peligro de naufragar. Luego, en Londres, a él y a su criado les ocurrieron una porción de lances y peripecias. Algunas tardes, don Fulgencio va a visitar a su antiguo criado y recuerdan juntos las aventuras de Londres; otras tardes, cuando hace mal tiempo, se encierra en su despacho y va trabajando en su libro sobre la *Historia parlamentaria de la Revolución*. Al anochecer vienen a verle un sobrino y un senador pariente lejano suyo —con el que discute sobre la oratoria de Alcalá Galiano, de Olózaga y de Cánovas—; viene también una señora vieja, que llega hasta la puerta en un landó grande con unos caballos escuálidos. Todos charlan debajo de la lámpara, en el comedor; el gato permanece inmóvil, con los ojos medio abiertos, o baja de su silla para acariciarse en los pantalones del senador. Un reloj suena unas horas lentamente, con una gran pausa de campanada a campanada, no sin antes haber hecho un ruido sordo de resortes, como si le costara

mucho trabajo el decidirse a marcar la hora. Sale de la cocina un vago olor a aceite frito y a estofado.

El primer plato que come don Fulgencio para cenar es una ensalada de lechuga; la cena es frugalísima. Si no llueve ni nieva, después de la cena don Fulgencio se emboza en su capa y se marcha a casa de la señora vieja del enorme landó. A las diez regresa y se acuesta. En el silencio profundo en que queda la casa, resuena el ruido de resortes y hierros del reloj y luego las campanadas sonoras, lentas, muy lentas, que dejan tras de sí una vibración que suavemente se va apagando.

Nicolás Serrano.

(1892)

QUIÉN es este Nicolás Serrano, en qué se ocupa y cuáles sus ideas y planes? Nicolás Serrano es un filósofo. Y bien: ¿qué sistema filosófico ha construído este señor, o de qué forma y manera son sus especulaciones filosóficas? Nicolás Serrano —contestaremos— ha sido sacado a luz por el maestro Clarín en su libro *Superchería*: cada vez amamos nosotros más las novelas de este queridísimo maestro, y cada vez creemos más firmemente que esta novela citada (con las dos que la acompañan) y la que lleva por título *Su único hijo*, es lo más intenso, lo más refinado, lo más intelectual y sensual a la vez que se ha producido en nuestro siglo XIX. Pero no se trata

de esto en esta ocasión: el señor Serrano nos espera. El señor Serrano se encuentra ahora en el medio del camino de la vida; cuenta treinta años. Serrano acaso está un poco cansado; tiene ese cansancio especial de los que han leído mucho y tratado mucho con la mujer; ese cansancio que es, ante todo, indulgencia, condescendencia, comprensión de todos los desatinos y absurdos humanos, y después reposo en las maneras, sencillez, sobriedad y una cierta elegancia que nace del gesto exacto y apenas esbozado. Serrano vive en Madrid; suponemos que su cuarto es pequeño, claro y confortable; no habrá en él ruidos inoportunos, ni para cerrar o abrir las puertas se tendrá que forcejear y hacer movimientos violentos: todas encajarán bien y los cerrojos y armellas serán silenciosos. La biblioteca de Serrano no será grande; hay a lo largo de la humanidad un reguero de unos pocos espíritus que han visto todo lo que es la naturaleza humana, que han resumido en claras páginas toda la psicología humana —lucha y egoísmo—, y leyendo a los cuales poco a poco, de rato en rato, se sabe todo. Serrano los ha leído, los tiene en su anaquel, y como

estudia en vivo las cosas del mundo, sólo necesita hojear de cuando en cuando algún volumen nuevo para estar al corriente de todo...

Esta es la vida de nuestro amigo: desdén imperceptible e ironía indulgente. Y ahora Serrano, que mora habitualmente en esta corte, ha tenido necesidad de abandonarla y se ha metido en el tren. Va a una vieja ciudad de provincias; cuando el tren llega a ella es media noche. Acaso, un momento antes de llegar, Serrano ha visto a lo lejos, entre las tinieblas profundas, brillar las luces de la ciudad, y ha sentido —como muchas veces lo hemos sentido nosotros— que este parpadeo misterioso de los puntitos brillantes, allá en la invisible urbe vetusta, secular, producía en nuestro espíritu una inquietud indefinible. Tal vez Nicolás Serrano ha sentido esto; y luego, al apearse en la estación silenciosa, desierta, y meterse en el viejo y destartado ómnibus que le lleva a la fonda, su angustia habrá aumentado. Acaso los vidrios de este coche están rotos y hacen un traqueteo sonoro; quizá un diminuto farol humeante alumbraba el interior. El coche corre ruidosamente por las callejas, dando vaivenes. ¿Por delante

de qué casas, de qué vetustos y ruinosos palacios, de qué conventos pasamos? ¿No oímos en la lejanía la campana cristalina de uno de estos conventos que toca a *maitines*? ¿No atisbamos un instante la sombra de un viejo hidalgo trasnochador que pasa taconeando fuerte, embozado en su capa? Al llegar a la fonda, nos encontramos en un vestíbulo semiobsuro; vemos en las paredes un mapa de España, un cartel de toros; un mozo que esperaba dormitando se levanta precipitadamente de la silla. Y entonces en esta fonda triste, envejecida, pobre, situada en el corazón de esta vetusta y muerta ciudad, nos damos cuenta —como se la habrá dado Nicolás Serrano— de que nuestra sensación de inquietud llega, en esta hora de la noche y sin saber nosotros por qué, a los límites de una angustia íntima, honda y desgarradora.

La poesía de Castilla.

EN qué nos hace pensar este florecimiento de la lírica que hay ahora en Castilla? Yo pienso en el paisaje castellano y en las viejas ciudades. La poesía lírica es la esencia de las cosas. La lírica de ahora —bajo someras influencias extrañas— nos da la esencia de este viejo pueblo de Castilla.

Yo veo las llanuras dilatadas, inmensas, con una lejanía de cielo radiante y una línea azul, tenuemente azul, de una cordillera de montañas. Nada turba el silencio de la llanada; tal vez en el horizonte aparece un pueblecillo, con su campanario, con sus techumbres pardas. Una columna de humo sube lentamente. En el campo se extienden, en un anchuroso

mosaico, los cuadros de trigales, de barbechos, de eriazo. En la calma profunda del aire revolotea una picaza, que luego se abate sobre un montoncillo de piedras, un majano, y salta de él para revolotear luego otro poco. Un camino, tortuoso y estrecho, se aleja serpenteando; tal vez las matricarias inclinan en los bordes sus botones de oro. ¿No está aquí la paz profunda del espíritu? Cuando en estas llanuras, por las noches, se contemplan las estrellas, con su parpadear infinito, ¿no estará aquí el alma ardorosa y dúctil de nuestros místicos?

Yo veo los pueblos vetustos, las vetustas ciudades. En ellas hay un parador o mesón de las Animas y otro de las Angustias; hay calles estrechas, en que los regatones y los talabarteros y los percoceros tienen sus tiendecillas; hay una fuente de piedra granulenta, grisácea, con las armas de un rey; hay canónigos que pasan bajo los soportales; hay un esquilón que, en la hora muerta de la siesta, toca cristalinamente y llama a la catedral; hay un viejo paseo, desde el que se descubre en un mirador, por encima de las murallas —como en Avila, como en Pamplona—, un panorama

noble, severo, austero, de sembrados, huertecillos y alamedas; hay en la estación un andén adonde los domingos, los días de fiesta, van las muchachas y ven pasar el tren, soñadoramente, con una sensación de nostalgia.

Yo veo en las viejas, venerables catedrales, estos patios que rodea un claustro de columnas. Estos patios —como en León, como en la misma Avila— están llenos de maleza y de hierbajos bravíos; nadie cuida estas plantas; ni la hoz ni el rastrillo han entrado aquí desde hace largos años. Los pájaros trinan y saltan entre el matorral. Nuestros pasos resueñan sonoramente en las losas del claustro; respiramos a plenos pulmones este sosiego confortador. En las tumbas que están adosadas a las paredes duermen guerreros de la Edad Media, obispos y teólogos de hace siglos. A mediodía, en el estío, cuando un sol ardiente cae de plano sobre la ciudad e inunda el patio, donde los gorriones pían enardecidos; aquí, en el claustro sonoro y silencioso, podemos pasar una larga hora, con un libro en la mano, rodeados de frescura y silencio.

Yo veo los viejos y grandes caserones solariegos. Un ancho patio de columnas tienen en

medio; una ancha galería de arcadas rodea el patio. Por esta galería, ¿no pasarían las damas con sus guardainfantes y sus pañuelos de batista en la mano, como en los retratos de Velázquez? Por estas puertecillas de cuarterones de las estancias, de los corredores, ¿no entrarían y saldrían los viejos y terribles hidalgos, cuyas bravatas épicas recogió Brantome? Hay en estos palacios vastas salas desmanteladas; una ancha escalera de mármol; un jardín salvaje; unas falsas o sobrado donde, entre trastos viejos, va cubriéndose de polvo —¡el polvo de los siglos! — un retrato de un conquistador, de un capitán de Flandes.

Yo veo las añosas, seculares alamedas que hay en las afueras de las antiguas ciudades; en ellas pasean lentamente los clérigos, los abogados, los procuradores, los viejos militares.

Yo veo las ventas, mesones y paradores de los caminos. Tienen un ancho patio delante; dentro se ve una espaciosa cocina de campana. ¿No se detuvieron aquí una noche aquellos estudiantes de *l'el Buscón* que iban a Salamanca? ¿No pasó aquí unas horas aquel grave, docto, sentencioso y prudente Marcos

de Obregón? ¿No hay aquí alguna moza fresca y sanota que llene el ámbito de las cámaras con sus canciones?

Yo veo las vidas opacas, grises y monótonas de los señores de los pueblos en sus casinos y en sus boticas.

Yo veo estos señoritos, cuyos padres poseen tierras y bancales, y ellos tienen la mesa de su cuarto llena de libros de Derecho: el Marañón, Manresa, Mucio Scévola; libros que estudian afanosos para hacer unas oposiciones.

Yo veo estos charladores de pueblo que no hacen nunca nada; estos señores afables, ingeniosos, que tienen una profunda intuición de las cosas, que os encantan con su conversación y con su escepticismo.

Yo veo esta fuerza, esta energía íntima de la raza, esta despreocupación, esta indiferencia, este altivo desdén, este raptó súbito, por lo heroico, esta amalgama, en fin, de lo más prosaico y lo más etéreo.

Todo esto me sugieren a mí algunos de estos poetas novísimos, que ponen en sus rimas el espíritu castellano bajo el afeite francés.

El anacalo

EN la pequeña y vieja ciudad hay dos, tres o cuatro hornos; la hornera tiene un marido o un hermano; este marido o este hermano es el anacalo. Se levanta el anacalo por la mañana, se desayuna, y entre él y su mujer comienzan a llenar el horno de leña y de hierbajos secos; luego lo encienden; un humillo azul surte por la chimenea y asciende ligeramente por el aire. El aire se llena de un grato olor de romero y de sabina quemados; es la hora matinal en que las palomas de un palomar cruzan, se ciernen sobre la ciudad, y en que unas campanitas lanzan sus campanadas. Entonces, cuando el horno está ya encendido, sale el anacalo de casa;

este es el momento crítico en que comienza su oficio trascendental. El anacalo recorre todas las casas del barrio; se asoma a la de don Pedro, y grita: «¿Amasan?» En la casa de don Pedro no amasan hoy; una voz grita desde dentro: «¡No!», y el anacalo se marcha a otra parte. Aquí está ahora el viejo caserón de don Juan; entreabre la puerta nuestro amigo y torna a dar una gran voz: «¿Amasan?» Se hace una pausa; la casa de don Juan es muy grande; es posible que Isabel, la antigua criada, o Leonorcica, la linda moza nueva que don Juan acaba de tomar a su servicio (no sabemos para qué, puesto que en realidad no hace falta para las escasas faenas de la casa); es posible, repetimos, que Isabel o Leonorcica estén trasteando por alguna estancia lejana; el anacalo repite su pregunta: «¿Amasan?» Al cabo de un momento una voz responde: «¿Mañana?», y el anacalo se va a otra parte...

Nuestro amigo se halla ante la casa de doña Asunción, la viuda de don Anselmo, el que fué gobernador de Teruel el año 1877 (todos le conocimos); la casa tiene una gran portada con su puerta de roble; pero esta puerta siempre está cerrada y a la casa se penetra

por una estrecha puertecilla que existe en otra de las fachadas. El anacalo abre esta puertecilla y da su grito: «¿Amasan?» Una voz replica: «¡Sí!», y nuestro amigo penetra en la casa. Recorre el anacalo varias dependencias, y al fin se encuentra en el amasador; esta es una estancia un poco sombría; se ven unás lejas llenas de perolitos, cazuelas, vasos; unos cedazos están colgados en la pared; en un ángulo, en una rinconera, reposa una orcita destinada a guardar la levadura; la artesa, grande y de pino, se halla colocada sobre dos travesaños empotrados en la pared, y encima de la artesa está el tablero lleno de panes blancos, recién amasados; un mandil rojo, verde, amarillo y azul los cubre, los abriga.

—Tenga usted cuidado de que no se quemén como el otro día —dice Juana dirigiéndose al anacalo.

—Sí, sí; usted descuide; el otro día es que estaba muy cargado el horno —replica el anacalo.

Y a seguida se pone una almohadillita redonda en la cabeza, coge el tablero, se lo coloca sobre el cráneo y se marcha.

Este es el oficio trascendental, supremo, del

anacalo; llevar el pan que va a ser cocido desde las casas al horno.

En el horno, cuando llega el anacalo, hay ya una pintoresca algarabía de comadres y vecinas; allí están Pepa, Remedios, Vicentita, Petra, Tomasa. Todas hablan a la vez y cuentan mil cosas; los haces de romero, amontonados en un rincón, mezclan su aroma al olor del pan recién cocido. El anacalo deja el tablero sobre un poyo de piedra y comienza a bromear con las comadres; todas ríen; Pepa, enardecida por una cuchufleta, se lanza sobre el anacalo y hace como que le va a pegar un coscorrón; se vuelve el anacalo, finge también que va a propinarle a Pepa un sopapo, y Pepa corre desalada chillando, y deja ver, entre el revuelo de las faldas, el comienzo de una fina y maravillosa pierna, cubierta de una media roja, azul y amarilla.

Horas en Córdoba.

CUANDO me he levantado he salido un momento al balcón y he estado contemplando el cielo y la calle. Eran las primeras horas de la mañana; se respiraba un aire fresco y sutil; estaba el firmamento despejado, radiante, de un azul intenso. He dejado la casa. He comenzado a recorrer callejuelas retorcidas y angostas. Córdoba es una ciudad de silencio y de melancolía. Ninguna ciudad española tiene como ésta un encanto tan profundo en sus calles. A esta hora de la mañana eran rarísimos los transeúntes. Las calles se enmarañan, tuercen y retuercen en un laberinto inextricable. Son callejuelas estrechas, angostas; a uno y otro lado se extienden unas

anchas losas; el centro de la calle lo constituye un pasito empedrado de pelados y agudos guijarros. Nada turba el silencio; de tarde en tarde pasa un transeúnte que hace un ruido sonoro con sus pasos. Las casas están jahiradas con blanco yeso o enjalbegadas con cal nítida.

He paseado durante un largo rato por la maraña de callejas; me detenía a veces ante un portal para contemplar un hondo patio. Todas estas casas cordobesas tienen un patio, que es como su espíritu, su esencia. Es un patio pequeño; unos tienen fuentes, albercas, surtidores; otros tienen columnas que sostienen una galería; otros son más modestos, más pobres. Yo prefiero estos de las casas humildes, de las casas ignoradas. Al pasear y recorrer las callejas silenciosas y blancas, he columbrado muchos patios de estos. Todo era silencio, reposo y blancura en ellos; acaso una planta de evónimus o un laurel destacaban sobre la nitidez de las paredes o sobre el azul del cielo. Existen algunos de estos patios con lejanías y segundos términos que recuerdan los fondos de los primitivos italianos. He visto uno cuyo pavimento se alejaba en una

rampa suave; luego, allá en el fondo, se abría otro reducido patio, al cual se entraba por un arco sencillo y blanco; debajo del arco esperaba inmóvil, rígido, impasible, un asno enjaezado con rojos y amarillos arreos; por encima del arco asomaba, negruzco y simétrico, un ciprés que resaltaba en el azul del cielo. No se oía el más ligero rumor ni en la casa ni en la calle; todo parecía reposar en un profundo, denso silencio. Una armonía perfecta, maravillosa, se establecía entre este reposo, la blancura de las paredes, el ciprés, el asno inmóvil, rígido, y el azul intenso y radiante del cielo. ¿Dónde está el artista que recoja esta sensación auténtica, profunda, de Andalucía, en esta ciudad, en este sitio y en esta hora? ¿Es esta Andalucía de los conciertos armónicos y hondos de las cosas, de la profunda y serena tristeza, la Andalucía ligera, frívola y ruidosa que nos enseñan en los cuadros y en los teatros?

He continuado mi paseo. El laberinto de callejuelas que se extiende en los alrededores de la Catedral ofrece uno de los aspectos más interesantes de la ciudad. Es aquí donde el

silencio, la serenidad y la melancolía son más grandes. De tarde en tarde pasa un asno cargado con una sera de carbón; una viejecita marcha lentamente, se detiene, torna a caminar; se levantan tímidamente unos visillos, tras unos cristales, al ruido sonoro de los pasos. Suenan lentas, sonoros, rítmicas, las campanadas de una hora, campanadas que en el silencio se difunden sobre la ciudad y se pierden y se apagan dulces.

He llegado a la Catedral. He traspuesto la puerta y he entrado en el Patio de los Naranjos. Cuatro o seis mendigos toman el sol. El patio es ancho, empedrado de guijarros; se extienden los naranjos en filas; la alta y recia torre se yergue a un lado. Sólo algunos viajeros cruzan a esta hora el patio y se dirigen hacia la Catedral. El mismo silencio de la ciudad se goza aquí en este recinto. Una fuente deja caer un hilo de agua. Cada media hora una moza con un cántaro aparece y lo llena en la fuente; el agua hace un son ronco y precipitado al caer en el cántaro. La moza espera inmóvil junto a la fuente. Pían y saltan unos gorriones en los naranjos. Se remueve lentamente un mendigo en su capa.

Las campanadas de las horas vuelven a descender sobre la ciudad lentas, acompasadas, sonoras.

Gana el espíritu en esta ciudad y en esta hora una sensación de serenidad y de olvido. Se escucha el alma de las cosas. Sentimos añoranzas por cosas que no hemos conocido nunca; anhelamos algo que no podemos precisar y cuya falta no llega a producirnos amargura. Si salimos de la Catedral y avanzamos un poco hacia el río, vemos allá a lo lejos, en la ribera opuesta, dilatarse una campiña de tierras sembradizas. No se columbran arboledas ni fragosidades por esta parte de la ciudad. La tierra es llana, ligeramente ondulada; los bancales de fino verde alternan con los cuadros oscuros de barbecho. La penetración de este paisaje austero, noble, *místico*, con las callejuelas y con los patios blancos y callados, es también perfecta. Un último detalle nos falta: por la mañana, a mediodía, un fuerte y grato olor a leña, a ramaje de olivo quemado, se respira en las callejas y en las casas. Es el aroma castizo de las ciudades españolas meridionales y levantinas.

¿Dónde estará el artista —tornamos a pre-

guntar— que recoja el alma de esta ciudad? Al hacerlo tendría que expresar este concierto profundo de las cosas, esta compenetración íntima de los matices, esta serenidad, este reposo, este silencio, esta melancolía.

El apañador.

EL apañador va gritando por las callejas: *¡Componer sombrillas y paraguas!* Hay un silencio profundo en la ciudad vetusta; toca de tarde en tarde una campanita lejana de alguna iglesia; los recios portones de las casas están cerrados; sobre los umbrales reposan los anchos escudos. *¡Componer paraguas y sombrillas!*, torna a gritar el apañador; un perro pasa junto a él y le husmea un momento; luego prosigue su marcha indefinida, sin rumbo. El apañador continúa marchando también lentamente, un poco triste. Esta ciudad parece muerta. *¡Componer sombrillas y paraguas!*, grita de nuevo nuestro amigo; suenan a lo lejos los martillos de una herrería; bajo el ancho

alero de un caserón se abre una ventanita, se asoma a ella una vieja y chilla: ¡*Eh, eh, apañador!* El apañador entonces se detiene y mira a todos lados; no ve a nadie ni en las puertas ni en las ventanas. ¡*Eh, eh, apañador!*, torna a chillar la viejecita; el apañador levanta la cabeza, la ve y dice: *¿Qué quiere usted?* La viejecita le dice que espere en la puerta, que ella bajará a abrirle, y nuestro amigo se acerca a la ancha y noble portada y espera un momento.

Cuando la viejecita ha abierto la puerta, el apañador y ella sostienen un breve diálogo; lo que esta buena dueña quiere es que el apañador componga un paraguas; el apañador, por su parte, está dispuesto a componerlo. El paraguas es un viejo paraguas. *¿Cuántas generaciones habrá cobijado este paraguas?*

La viejecita y el apañador entran en una vasta estancia; ya casi no hay muebles en esta sala. Se ve en ella una vieja cómoda, un poco inclinada, lamentablemente inclinada, porque le falta un pie; hay también unas sillas desfondadas, rotas; se ve también un fanal de vidrio resquebrajado con un niño Jesús, al

que le han quitado las lentejuelas de su traje; están colgados asimismo en las paredes algunos cuadros negruzcos sin marco. El apañador se sienta en una silla y comienza a ejercitar su oficio; la viejecita, sentada también en una sillita baja, le mira hacer en silencio. Un rato llevan los dos en esta guisa, cuando se oye allá en lo interior de la casa una voz que grita: ¡*Leonor, Leonor!* Leonor, que es esta dueña, va a levantarse para acudir al llamamiento, pero en el mismo instante aparece en la puerta de la sala un caballero.

—¡Ah! —exclama este caballero—. ¿Están componiendo el paraguas?

La viejecita no dice nada; el caballero se pasa la mano por su barba canosa y larga; está pálido y su traje se ve lleno de manchas y descuidado.

—¿Se quedará bien el paraguas? —pregunta el caballero al apañador.

—Muy bien —contesta éste—; como si fuera nuevo.

—¿Como si fuera nuevo? —repite el caballero con un gesto de duda.

—Lo que usted oye —replica con firmeza el apañador.

Este apañador es hombre de convicciones firmes. ¿Cuánto tiempo hace que él va por el mundo? ¿Cuántas cosas ha sido? ¿Cuántas vueltas y revueltas ha dado por caminos y por posadas, y cuántos altos y bajos ha tenido su vida? El viejo hidalgo le contempla en silencio; él no ha salido de su vetusto caserón; ya sus tierras han desaparecido; han desaparecido hasta los muebles de su casa; él no hace nada; él tiene una mirada triste y larga; él dice cuando cae sobre él una desgracia: *¡Qué le vamos a hacer!* El paraguas que acaba de componer el apañador, ¿es que ha de guarecer a los descendientes de este hidalgo? No; la estirpe que fué gloriosa un día se acaba en este pobre hombre. El apañador ha cumplido su misión y sale a la calle; acaso la viejecita le dice al caballero que la compostura del paraguas ha costado tanto y que en casa apenas queda dinero para la comida de la noche. *¡Qué le vamos a hacer!*, dirá tristemente el caballero. Y en la calle, al mismo tiempo, se oirá la voz del hombre errante que grita: *¡Componer sombrillas y paraguas!*

La calle de la Montera.

LECTOR: existe un axioma en Madrid, cuyo descubrimiento se debe al autor de estas líneas, y que dice de este modo: *Si quieres encontrarte con alguien de tu pueblo, pasa por la calle de la Montera.* La calle de la Montera es, en efecto, una calle donde están a todas las horas del día todos los forasteros que llegan a Madrid; no podemos dudar de esto, y nosotros, que nos hemos comprado cuellos y puños, cuando éramos estudiantes, en esta calle tan simpática, tan pintoresca, la tenemos un vago, un íntimo cariño...

Por ella vamos marchando, lentamente, en esos días de invierno en que el sol baña el alto declive. ¿En qué pensamos nosotros?

Tal vez en nada; tal vez en esos días lejanos, que ya no volverán, en que nosotros entrábamos en una de estas camiserías llevando en la mano el *Derecho Político*, del señor Santamaría de Paredes, o los *Procedimientos judiciales*—no sé si se dice así—, del señor Torres Aguilar, del cual ya sólo tenemos una remota idea. De pronto oímos a nuestras espaldas una voz recia que grita:

—¡Azorín!

Nos volvemos rápidamente. ¡Es nuestro paisano don Antonio, o don Fernando, o don Pascual, o don Francisco, o don Diego!

—¡Don Antonio! —exclamamos nosotros también.

Y nos quedamos un momento en silencio, frente a frente, con las manos trabadas. Y un mundo de ideas y de cosas queridas surge en nuestro cerebro. Hace seis, ocho, diez años que no habíamos visto a este amado amigo nuestro. Don Antonio está más pálido que cuando estrechamos su mano la última vez; en su cabeza platean más copiosas las canas, y en su vestir—tan atildado antes, con ese atildamiento peculiar que sólo se ve en provincias—; en su vestir hay una dejadez, un

abandono, un descuido que nos llena de una íntima tristeza. ¿Qué dolores, qué angustias, qué adversidades han pasado por el espíritu de nuestro amigo? ¿A qué viene a Madrid? ¿Qué cambios no supondrá esta dejadez del indumento en aquella casa provinciana, tan limpia antaño, tan ordenada, tan abundosa?

—Don Antonio —nos atrevemos a preguntar nosotros—: ¿vive usted aún en la plaza, frente a la fuente?

—Sí, sí —contesta don Antonio con un leve matiz de tristeza.

—¿Y el huerto? —tornamos a preguntar tímidamente—. ¿El huerto de la casa, aquel huerto con parrales, con limoneros y con cipreses? ¿Está lo mismo que antes?

Don Antonio tarda un breve momento en contestar a nuestra pregunta.

—Ya ha desaparecido —dice al cabo—; abrieron una calle detrás de la casa, y en el huerto edificaron más casas.

Sentimos una angustia indefinible, íntima; en este huerto han pasado las horas más felices de nuestra adolescencia; allí, entre los limoneros, entre los cipreses, entre los laureles —siempre verdes—, bajo los toldos de los

pámpanos, paseábamos nosotros con Pepita. Y la imagen de esta muchacha delicada, con su delantal blanco —orlado de una cenefita roja— y con sus manos blancas y finas, brota también de pronto entre nuestros recuerdos. Permanecemos silenciosos: quisiéramos preguntar por Pepita, y presentimos, sin saber por qué, que algo doloroso y terrible va a salir de los labios de nuestro amigo. Durante un instante, en nuestro interior se hace una tragedia mil veces más angustiosa que las de sangre y asolamientos. Nuestro amigo nos contempla un poco indeciso. Y al fin pronunciamos unas palabras frívolas, nos despedimos de don Antonio, de don Fernando o de don Luis, y nos alejamos entristecidos, obsesionados, por esta calle, en donde, cuando éramos muchachos, entrábamos a comprar cuellos y puños, con el *Derecho administrativo* o con los *Procedimientos judiciales*.

Vida de un labrantín.

Voy a escribir la historia de un pobre hombre en pocas líneas. La primera particularidad de este hombre pobre es que no tiene nombre. Unos, para nombrarle, dicen «un hombre»; otros dicen «aquel»; unos terceros le llaman familiarmente «tío». Este pobre hombre, sin embargo, no es tío de nadie; en cuanto a «un hombre», hombres hay muchos sobre la tierra; y respecto a «aquél», todos los hombres de la tierra pueden ser «aquél». Todo esto demostrará al lector que este pobre hombre no es nada; no se distingue por nada; nadie le echará de menos cuando se muera; no tiene ni siquiera nombre.

Vamos ahora con su habitación o morada.

Este hombre vive en el campo. Su casa está lejos de la ciudad. Su casa es pequeña, modestísima. La componen unos muros de argamasa, una cama, unas sillas, una mesa y algunos trebejos de cocina. Detrás de la casa hay un corralillo de cuatro paredes de albarrada. Esto parecerá duro, molesto, cruel a los lectores acostumbrados al atuendo; al pobre hombre no le parece ni bien ni mal; él vive indiferente, sin desear otra cosa.

La vida del pobre hombre es muy sencilla: se levanta antes de que el sol salga; se acuesta dos o tres horas después de su puesta. En el entretanto, él sale al campo, labra, cava, poda los árboles, escarda, bina, estercola, cosecha, sacha, siega, trilla, rodriga los majuelos y las hortalizas, escarza tres o cuatro colmenas que posee. No muele la aceituna porque no tiene trujal, ni pisa la uva porque no cuenta con jaraíz. Vende la aceituna y la uva a algunos especuladores «a como quieran pagársela». La comida de este pobre hombre es muy sobria: come legumbres, patatas, pan prieto, cebollas, ajos, y alguna vez, dos o tres al año, carne; una almuercada de nueces o de almendras es su más exquisito regalo. Los ra-

tos en que el trabajo le deja libre, el pobre hombre echa una mano de conversación con algún otro hombre tan pobre como él, y va mientras tanto labrando unas brazadas de pleita o de tomiza. Las cosas de que habla son bastante vulgares: habla del tiempo, de la lluvia, de los vientos, de las heladas, de los pedriscos. Algunas veces recuerda también alguna cosa insignificante que le pasó en su juventud. Los conocimientos del pobre hombre se reducen a bien poco: barrunta por las nubes si va a llover; sabe, poco más o menos, los cahices de grano que dará esta o la otra haza, y la porción de tierra que entra en la huebra que un par de mulas puede labrar en un día; conoce si una oveja está enferma o no lo está; tiene noticias de todas las hierbas y matujas del campo y de los montes: el cantueso, el mastranzo, la escabiosa, el espliego, la mejorana, el romero, la manzanilla, la salvia, el beleño, la piorna; distingue por sus plumajes, píos y trinos a todos los pájaros de las campiñas; la cardelina, la coalla o codorniz, el carabo, la totovía, el herreruelo, la picaza, el pardillo, los zorzales, la corneja, el verderón. Sus nociones políticas son harto vagas, im-

precisas; ha oído decir alguna vez algo de los señores que gobiernan; pero él no sabe ni quiénes son ni qué es lo que hacen. Su moral está reducida a no hacer daño a nadie y a trabajar todo lo que pueda.

Algunas veces viene una mala cosecha, se muere una mula, cae enferma una persona de la familia, o no hay dinero para pagar la contribución. El pobre hombre no se derrama en lamentos ni maldiciones; él dice: «¡Ea! ¿Qué le vamos a hacer? Dios dirá; Dios nos sacará del apuro». El pobre hombre sonríe resignado, saca su petaca mugrienta, lía un cigarrillo, sacude las manos y se pone a fumar.

El pobre hombre es ya viejecito. Su mujer es también viejecita. Han tenido tres hijos; uno de ellos murió en la guerra de Cuba; otro, que era mozo de estación, pereció también aplastado entre dos topes. El tercero era una moza garrida; un día se fué con su novio a la capital y no volvió más. El pobre hombre, alguna vez, cuando se acuerda de todo esto, da un suspiro; pero de pronto se anima, sonríe y exclama lo que siempre: «¡Ea! ¿Cómo ha de ser? Dios lo ha dispuesto así».

El pobre hombre no tiene idea ninguna

sobre el porvenir. El porvenir es la pesadilla y el tormento de mucha gente. El pobre hombre no se preocupa del mañana. «Cada día trae su cuidado», dice el Evangelio. ¿No tenemos bastante con el cuidado de hoy? Si nos preocupamos del de mañana, ¿no tendremos dos en vez de uno? El pobre hombre vive sin esperanzas y sin deseos. Su espectáculo son las montañas, el campo, el cielo.

Andando el tiempo, morirá el pobre hombre, o morirá antes su mujer. Si muere él antes, su mujer se quedará sola. Su mujer rezará y suspirará; se irá acaso al pueblo; será pobrecita y pedirá con sus manos pajizas a los transeúntes. Si muere su mujer la primera, él se quedará también solo; su bella resignación, su bella serenidad, no se apartarán de él. Un suspiro vendrá de tarde en tarde a sus labios, y luego él exclamará: «¡Ea! ¿Qué le vamos a hacer? Todo sea por Dios».

Horas en Sevilla.

ME he levantado muy de mañana; me ha despertado un estrépito de golpazos, gritos, son de cencerros, campanillazos de tranvías, pregones de vendedores. Las primeras horas de la mañana son las horas de la frescura, de la fuerza, de la espontaneidad, del optimismo. He tomado mi sombrero y he salido de mi cuarto. Estoy en una fondita modesta; se respira en ella un penetrante olor a aceite frito; el mozo que me sirve en el pequeño comedor lleva la barba sin afeitar de una semana.

A estas horas de la mañana, unas mujeres estaban lavoteando el patizuelo y dando en los muebles furiosos golpes. ¿Para qué gol-

pean así estos pobres muebles? He salido a la calle. El cielo estaba azul. El aire era ligeramente fresco. El sol brillaba en la parte alta de las blancas fachadas. Pasaban despacio algunos transeúntes. Cantaba a lo lejos un gallo. He recorrido varias callejuelas estrechas y torcidas. Resonaban mis pasos en las piedras sonoramente. Un can rojizo que ha pasado y al cual he llamado, ha mirado un momento y luego ha seguido andando, filosófico, despreocupado. ¿Adónde irá este can matinal? ¿Qué hará y cuál será el plan de su vida?

Las callejuelas se perdían en un dédalo de vueltas y revueltas; aparecía de cuando en cuando un viejo y noble caserón; el sol entraba en las ventanas altas de los sobrados y las falsas. Veía yo los patizuelos hondos y silenciosos, pavimentados con rojos ladrillos cuadrilongos. Asomaba a veces la cara exangüe de una vieja, o la cabeza de un hombre con un sombrero ancho, grasiento, con las alas caídas.

He llegado a la Catedral y he entrado al patio de los Naranjos. En el centro hay una fuente. Su piedra es negruzca y gastada; hay en la alberca una agua verdinegra y muerta;

cae de la taza de arriba un hilillo imperceptible de agua, que se desgrana en gotas y no hace ruido al caer sobre las aguas muertas. A un lado se yergue la Giralda; tocan unas campanas; unos avechuchos de elásticas y rojizas alas giran en vuelos automáticos, se posan entre los intersticios de las piedras, reaparecen, dan vueltas, se esconden otra vez, vuelan lentos, silenciosos, caprichosos de nuevo. Hay una profunda calma en este patio y en esta hora de la mañana. Se desprende una sensación de olvido y de serenidad de esta fuente silenciosa, de estas piedras seculares y negras, de este cielo azul y limpio, del vuelo elástico y callado de estas aves, del sol lento y cristalino de esta campana.

He entrado en la Catedral y he recorrido las vastas naves. La Catedral de Sevilla es un mundo; existen en ella multitud de capillas, de sacristías, de patios. Yo diría ahora la atracción profunda de estas capillas apartadas, casi ignoradas, que el público de forasteros mundanos apenas frecuenta. Hay en las catedrales españolas unas capillas sin riquezas artísticas, pobres, casi desnudas, que parece que tienen un atractivo mayor que las opulentas y fas-

tuosas. No se puede ver nada en ellas; en sus paredes no cuelga sino algún cuadro insignificante; las cierra una verja vulgar. Y, sin embargo, ¡qué misterio, qué encanto, qué atracción poderosa hay en estas capillas pobres, ignoradas, apartadas, sólo frecuentadas por alguna viejecita que ora en un rincón, solitaria, inmóvil!

He salido de la Catedral y he vuelto a recorrer el dédalo de las callejuelas angostas. La ciudad había ya despertado. Veía hombres con chaquetillas mugrientas, con las caras escuálidas. En los bancos de las plazas estaban muchos sentados, dormitando y tomaban el sol. He pasado por la calle de las Sierpes, llena de barberías, limpiabotas y pequeños casinos. Detrás de unos anchos y altos cristales había sentados muchos señoritos. La calle rebullía de gentes que van y vienen, que charlan, que gritan; no pasan coches por ella; es estrechita y con baldosas en el piso. He salido de esta calle y he entrado, al azar, en varias iglesias; en la del Cristo del Gran Poder, en la del Cristo del Perdón, en la de la Virgen del Mayor Dolor. Las plazuelas que atravesaba estaban desiertas; a lo lejos veía

muchos tejados llenos de hierba, llenos de una vegetación verde y tupida. He leído por todas las callejuelas, en las paredes blancas, escritos con carbón, en letras desiguales, letreros como estos: *Torea Tabernerito*, *Torea Saperito*, *Torea el Imediato* Toda la ciudad está llena de estos rótulos. Tales toreadores, ¿son los que ahora están en ciernes y mañana serán en todas las plazas del reino una esplendorosa realidad?

Tenía en el espíritu una sensación de placidez y de optimismo. No me sucedía nada ni pensaba en nada. He vuelto a mi fondita, me he sentado en el patio en una mecedora y he comenzado a leer un periódico.

El melcochero.

MELCOCHAS *finas, melcochas!* El melcochero va paseando por la feria y lanzando su grito. Son los primeros días de enero; la vieja ciudad tiene un aspecto triste, sombrío; ha desaparecido el tapiz verde-claro de los maizales; en los campos de eriazo se destacan plomizos los olivos; no está ya el cielo azul, y a ratos, el vendaval sopla y hace gemir en los sobrados las viejas ventanitas. ¡*Melcochas finas, melcochas!*, repite el melcochero. Una lluvia menuda, intermitente, ha hecho alejarse a la gente de la feria; los feriantes, en sus casillas, pasean arriba y abajo por el angosto pasillo; algunos las han cerrado y cubierto la delantera con los blancos toldos; pasan de

tarde en tarde dos o tres labriegos con su paso tardo, indeciso; ha llegado el crepúsculo vespertino, y entre el frío prematuro que hace cerrar las puertas y las ventanas, en un ambiente opaco, bajo un cielo plomizo, las campanas de la Colegiata lanzan las campanadas lentas, lentas del *Angelus*; allá, por el extremo de una calleja, pasa un clérigo con el balandrán hinchado por el viento.

¡*Melcochas finas, melcochas!*, torna a gritar el melcochero. ¿Para qué lanza su grito este melcochero? El va tristemente paseando por la feria; lleva un ancho fayanco lleno de estas menudas gollerías; pero nadie, nadie, nadie compra sus melcochas. Las luces de la ciudad se van encendiendo; de una tienda sale, sobre la negra calle, como una súbita explosión de luz; en una farmacia brilla el rojo globo del escaparate, y en la vetusta torre la esfera del reloj destaca con un suave resplandor blanco. Ya las campanas han callado y no tocan el *Angelus*; hay un momento de profundo reposo en las tinieblas, y, de pronto, una campanita chica y otra grande comienzan a entremezclar sus sonos tristemente y anuncian una misa de *requiem* para mañana.

¡*Melcochas finas, melcochas!*, grita el melcochero en la feria; un clown, un pobre clown de los caminos y de las posadas, le mira desde la puerta de su barraca. «Melcochero —le dice—, no habrá sido mucha la venta de hoy». «Ninguna» —replica el melcochero—. «¿Y ustedes, entrada?» «Ninguna» —contesta el pobre clown. Las campanas prosiguen con sus sonos largos, desgarradores; en el viejo casino del pueblo, cuatro o seis hidalgos, sentados en un rincón, cambian de rato en rato una frase anodina. «¿Cree usted —pregunta uno— que esta lluvia durará mucho?» «No sé —contesta otro—; el tiempo parece metido en agua». «No ha llovido en todo el otoño», observa un tercero. Las bombillas eléctricas apenas lanzan una luz débil, mortecina; se oye una puerta que golpea a intervalos, furiosa. Todas las casas de la ciudad están cerradas; las calles aparecen solitarias, desiertas; en la feria han sido echados todos los toldos; el clown ha apagado las luces de su barraca; por una callejuela, silencioso, lento, se ha marchado con su ancho cesto el melcochero. Cuando llegue a su casa, una mujer le preguntará: «¿Has vendido mucho, Tomás?» El dejará el fayanco de las melcochas sobre la mesa y dirá: «Nada».

Una ciudad levantina.

LA pequeña ciudad es clara y alegre; para ir a ella desde Madrid se toma el tren por la noche; a la mañana siguiente, a las siete, comienzan a verse extensos viñedos, huertas frondosas, macizos de árboles, almendros, algún barranco en cuyo fondo crecen las cañas y los carrizos. El aire es fino y transparente; se ven en toda la pureza de sus líneas los más distantes objetos. No tienen vegetación las montañas. Aparecen grisáceas, terrosas, azules las más lejanas. Los hombres van y vienen rápidos y ágiles.

Una hora después, a las ocho, el tren se detiene en la estación de la diminuta ciudad.

Desde la estación al pueblo hay dos kilómetros. La carretera es estrecha y polvorienta; en primavera y en verano destaca blanca entre las manchas verdes de los viñedos. El pueblo está situado en una alta meseta; para llegar hasta él es preciso ascender una empinada y larga cuesta. Se llega a las puertas de la ciudad, y el carruaje se detiene; un portazguero o consumero se acerca a él y hace su pregunta acostumbrada. Las primeras casas del pueblo son pequeñas, de dos pisos; el piso superior está a teja vana. Son casas de jornaleros o de artesanos; en algunos porches o zaguanes de estas casas se ve colgado del techo el bres; el bres es un capacho o serón en forma de cuna; está fabricado de esparto; se cuelga del techo, se pone el niño en él, y la madre lo va meciendo suavemente, al mismo tiempo que acaso canta una dulce canción popular. El mecer al niño en el bres se llama bresar o brezar.

Unas calles del pueblo son estrechitas, otras son más anchas; se ve también algún callejón sin salida. En una de las plazas se levanta el Ayuntamiento; hay otra plaza también ancha; en su centro se yergue una fuen-

te de mármol bermejo, que arroja el agua por cuatro gruesos caños.

Hay en la ciudad una iglesia grande, construída en el siglo XVIII, de gusto clásico; a estas iglesias construídas en los pueblos recientemente suele faltarles una torre; hicieron una de las dos que habían de flanquear la fachada, y la otra, un poco cansados, la dejaron sin hacer. Aparte de la iglesia Mayor, en el pueblo existe otra de un convento de franciscanos; ya no viven los franciscanos en el convento; el convento ha sido convertido en escuelas y cárcel; pero queda en la iglesia, ancha, silenciosa y clara, algo como un hálito, como un dejo, como un rastro de la paz y de la sencillez de estos humildes monjes.

Parte del pueblo está edificado en la ladera de un montecillo, y parte en el llano; en lo alto del montecillo hay una ermita dedicada a Santa Bárbara; la ermita tiene una campanita que toca todos los días, con su voz de cristal, a las doce del día y al anochecer; cuando esta campanita toca, todos los herreros, los carpinteros, los albañiles, los peltreiros, los talabarteros de la ciudad dejan de trabajar.

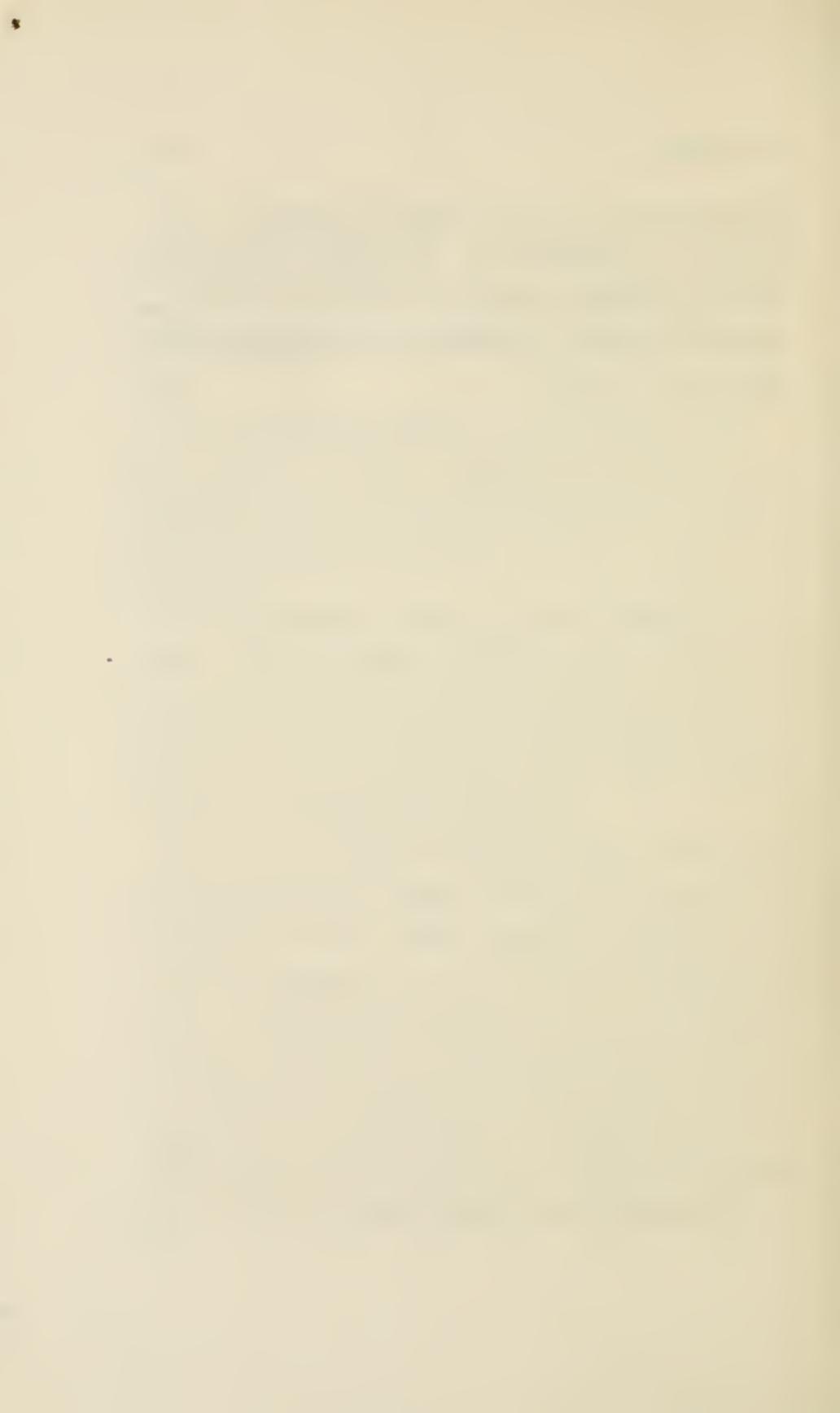
Los señores de la ciudad se reúnen en un casino rodeado de un diminuto y ameno jardín; los trabajadores de la tierra disponen de algunos cafetines, botillerías o alojerías.

Esta pequeña ciudad es tranquila, pacífica; moran en ella artesanos, jornaleros y propietarios de tierras. Los propietarios, unos gozan de mucha hacienda; otros lo son en pequeño.

Los jornaleros suelen poseer también un pedazo de tierra que ellos han roto en las veredas o en las faldas de los montes y que benefician los días de fiesta, cuando están libres del trabajo. Del pedazo de tierra que poseen reciben el nombre de *pedaceros*.

No pasa nada en la ciudad; llueve poco en ella; el ambiente es seco, diáfano; el cielo está siempre azul; las calles aparecen limpias; se ve desde algunas esquinas cómo destacan a lo lejos, sobre el cielo radiante, suaves altozanos y crestas azules de montañas; por la mañana, en la hora clara y profunda del trabajo, se oye el tintineo de las herrerías, los golpazos de los carpinteros, el canto largo y metálico de un gallo. En las tierras adegañas al pueblo se ex-

tienden tablares de alfalfa, herreñales, cuadros y encañizadas de hortalizas. Sobre las tapias de algún repajo o cortinal asoman una palmera, unos cipreses o los milgranos con sus flores bermejas.



En la montaña.

No amáis las montañas? ¿No son vuestras amigas las montañas? ¿No produce su vista en vuestro espíritu una sensación de reposo, de quietud, de aplacamiento, de paz, de bienestar? Una montaña que se ve en el horizonte, sobre el cielo límpido, es una imagen que se graba en nuestra alma y que en ella reposa durante tiempo y tiempo. Las montañas no son todas iguales. Las montañas de Levante y del Mediodía de España no son como las del Norte. Estas montañas finas de Levante, ligeras, cubiertas apenas de matujas, de líneas definidas, radiantes; estas montañas, que parecen de porcelana y de cristal, ¿en qué se parecen a las montañas lle-

nas de bosques tupidos y negros del Norte? ¿En qué se parecen a las montañas húmedas, hoscas e indefinidas del Norte?

Montañas finas, claras, olorosas y radiantes de Castilla, de Alicante y de Cataluña, vosotras tenéis todo mi afecto, todas mis simpatías. Hoy he subido a una montaña levantina. Me he levantado antes de que rayara el alba. Esta montaña tiene acá y allá grupos de pinos que exhalan un penetrante aroma de resina. No son pinos adiestrados y amaestrados por industriales; no son pinos plantados y cultivados en vista de un futuro aprovechamiento de sus troncos. Estos pinos no conocen la mano del resinero. Crecen libres, rebeldes, felices. Su tronco toma mil formas caprichosas; se tuerce a un lado, luego a otro; se inclina hacia el suelo, después enmienda la torcedura y se levanta airoso. Al aroma de los pinos se mezcla el aroma de las sabinas, del espliego, del romero, del enebro. En este aire sutil y fuerte de los paisajes levantinos y castellanos, los aromas se expanden con toda su libertad; todo el paisaje es aroma; todas las cosas que pasan por el monte, nuestras ropas, nuestros pies, se impregnan de un sentido olor.

A la mitad de mi ascensión a la montaña ha salido el sol. Los haces de luz han bañado los picachos y han corrido por los oteros acariciándolos. Trinaban los pajaricos. Se oía una lejana canción indecisa. Todo era un profundo silencio. La montaña ha comenzado a vivir en esta hora. La montaña tiene sus hondos barrancos, sus salientes de roca erizada y pelada, sus laderas suaves, sus torrenteras, sus paratas o rellanos que el hombre ha formado y cultivado; entre la verdura, los bermejales y calveros ponen su nota roja o amarilla.

Cuando he estado en lo alto me he sentado y me he dispuesto a contemplar largamente el panorama. Se descubría una porción inmensa de terreno. Desde aquí veo las piezas de labranza y los viñedos. Los caminos, los viejos caminos hacen revueltas y eses entre los bancales. Viejos caminos, caminos angostos y amarillentos, ¿cuántas veces nos han llevado de niños por vosotros? ¿Cuántas veces, ya hombres, hemos ido por vosotros, y por vosotros hemos llevado nuestra tristeza, nuestras ansias y nuestros desengaños? Las carreteras son modernas y ruidosas; las carreteras son todas iguales; no tienen fisonomía, no tienen

carácter. Vosotros, caminos estrechos, tortuosos y amarillos; vosotros, que lleváis en España —en la España castiza— la denominación de *caminos viejos* («el camino viejo de tal parte», «el camino viejo de tal pueblo»), vosotros sois un complemento de las viejas y nobles ciudades, de los viejos caserones, de las catedrales, de las colegiatas, de las alamedas umbrías y seculares, de los huertos cercados y abandonados.

En esta mañana límpida, los caminos se destacaban claramente en sus vueltas y revueltas. En la campiña hay muchas casas diseminadas; sus paredes resaltan blancas al sol naciente. Se ve humear las chimeneas de algunas. Yo veo todos los lugares y pasajes que he frecuentado tanto durante mi infancia y mi adolescencia. En aquella pieza ancha de sembradura está labrando un par de mulas; va y viene lentamente; abre largos y paralelos surcos. De buena mañana, todos los labriegos han salido de la casa y se han desparramado por las tierras. Allá a la derecha, al pie de una loma, veo seis u ocho hombres en hilera cavando un bancal; cuando los legones están en alto, brillan, relucen como si fueran de plata.

¿Quién viene ahora por la carretera? Es el criado que vuelve con su carro del pueblo, adonde ha ido por los periódicos y cartas que llegaron anoche. Y aquel mozuelo que camina por un azagador, ¿quién es? Un guadapero que va a llevarles el almuerzo a los trabajadores. Todos los nombres de las cañadas, lomas, picos, cabezos y barrancos acudían a mi memoria...

Aquella cañadita que se ve allá es la *cañadita de Fernando*. ¿Quién era este Fernando? ¿Qué hizo y dónde vivió? Esta cañadita, dedicada a un hombre desconocido, ignorado, ¿no durará más que el más formidable monumento? En la lejanía columbro también la *loma de los Calderones*. Los calderones son unos hoyos formados en las peñas y en donde el agua llovediza se recoge. Muchas veces, en horas de bochorno, he bebido yo esta agua limpia y quieta de los calderones.

El sol va remontándose en los horizontes. En la ciudad comenzaría ahora a amanecer. Aquí parece ya la hora meridiana. Todo lo llena el sol; todo irradia, esplende de luz. La luz hace resaltar de un modo maravilloso las líneas.

El ambiente es de una limpidez soberbia. Allá en la inmensidad remota, ¿no se ve pura, limpia, destacándose en el cielo, la ermita puesta sobre un cerrillo? No hay ningún estrépito que turbe el silencio. Este sosiego, o mejor, esta *seguridad en el sosiego*, esta certidumbre de que nuestra paz y la paz del paisaje no será turbada, ¿no vale más que todos los placeres que pueden ofrecernos las ciudades? Oigo a lo lejos el tintineo de una esquila. Ya ha cesado; no se oye nada. Una abeja zumba sobre unas florecillas de romero; una araña, que tiene su tela entre un lentisco, sale lenta, muy lentamente de su agujero.

Juan el de Juan Pedro.

JUAN el de Juan Pedro nació en los Prietos, un caserío de La Roda. Fueron sus padres Juan Pedro y Antonia María. Juan Pedro era el manejero de los Prietos. Los Prietos pertenecían a un señor muy rico que vivía en Madrid. Donde nació Juan, la llanura se extiende inmensa y monótona; la tierra tiene un color de ocre. Al lado de la casa se ven unos olmos viejos; no pían en ellos los pájaros. No hay pájaros en toda la llanura. Unas palomas grises revuelan lentamente, muy lentamente, sobre el cielo azul, siempre limpio; a ratos se abaten sobre los sembrados; al anochecer tornan al palomar.

Cuando Juanico tenía cuatro o seis meses, un día que lo habían acostado en un poyo y

que su madre estaba fuera, entró un cerdo en la casa, se llegó al niño y comenzó a morderle y roerle un brazo. A los gritos acudió la madre. Juan quedó para toda la vida con una gran descarnadura en el brazo. Dos años más tarde murió Antonia María. Juan Pedro se volvió a casar con una viuda que tenía dos hijos.

La madrastra quería poco a Juanico. Apenas le alimentaba; le daba grandes golpes; le encerraba largas horas en las falsas de la casa. Entonces fué cuando Juan Pedro comenzó a beber. Todas las faenas de la casa andaban descuidadas. El amo, que vivía en Madrid, se arruinó; los Prietos pasaron a otro dueño. El nuevo propietario despidió a Juan Pedro. Juan Pedro se fué a vivir al pueblo; trabajaba muy poco; un año después murió, y Juanico quedó con la madrastra en compañía de sus dos hermanastros. A los ocho años Juanico no daba señal ninguna de inteligencia; no lo llevaban a la escuela; no aprendía a leer ni escribir. «Es muy bruto este chico», decían; «¡Jesús, qué zagal más porro!», exclamaban. Juanico recibía más golpes que antes y apenas comía nada. Era alto, escuálido, mo-

reno, feucho, pero tenía unos ojos anchos, unos ojos melancólicos, unos ojos luminosos. A los doce años, Juanico entró a servir en una casa de labranza; era el guadapero que llevaba la comida a los jornaleros que estaban labrando lejos; hacía las faenas más rudas; soportaba las bromas más brutales y feroces de los mozos de la casa. Una noche de San Juan, por divertirse, los labriegos comenzaron a mantearlo; una de las veces que lo lanzaron por el aire, cayó al suelo y se rompió una pierna. Estuvo dos meses en una cuadra, acostado sobre un montón de paja, curándose la fractura. Cuando estuvo un poco bien, cuando ya podía andar y moverse de un lado para otro, ocupándose en las faenas de la casa, se cometió un robo en la labor: del cajón del mayoral o encargado quitaron unas monedas. Juanico no sabía nada del robo; pero lo llevaron al pueblo y lo tuvieron tres meses en la cárcel.

La mujer del carcelero se compadeció de Juanico; el preso no daba nada que hacer, no decía nada; no se quejaba nunca. Dos hijos del carcelero cayeron enfermos de viruela. Como Juanico inspiraba confianza a todos,

andaba por la casa del alcaide de la prisión y hacía todos los menesteres de ella; durante la enfermedad de los dos chicos, él no se separó jamás de su cama. Los atendía, les daba las medicinas; velaba todas las noches, sin dormir una hora, junto a ellos.

Al ponerle en libertad, Juanico no sabía lo que hacer. Buscó trabajo, entró a servir en una casa de Villarrobledo y allí estuvo ocupado en labrar seis años la tierra.

Como las cosechas iban mal, el propietario de la finca hizo reducción en el personal; Juanico no tenía mujer ni hijos; él fué el que se quedó sin trabajo. Anduvo durante algunos meses por los caminos, durmiendo en las afueras de los pueblos, comiendo los mendrugos que le daban de limosna. Un día encontró en una carretera a un grupo de labriegos que se marchaba a un puerto de mar. Le dijeron que se fuera con ellos, y él comenzó a caminar en su compañía. Doce años estuvo fuera de España, en América.

Cuando volvió a la Mancha, todo estaba lo mismo. Juanico era también el mismo de antes. No tenía a nadie en el mundo, ni tenía nada. Pidió trabajo en algunas labores y labró

las tierras. Un matrimonio de jornaleros le daba albergue en su casa; Juanico les retribuía con lo que ganaba. En 1885 se extendió el cólera por España. Juanico estaba entonces en Criptana; las familias pudientes del pueblo se ausentaron. Se suspendieron o redujeron a lo indispensable los trabajos del campo. Juanico se quedó desocupado. En Criptana él entraba en las casas de los coléricos; ayudaba a los médicos; se acostaba en la misma cama de los enfermos, para hacerlos reaccionar. Uno de los médicos se compadeció de él y le dió trabajo en una finca suya.

Tenía Juan el de Juan Pedro entonces cerca de cuarenta años; era tan delgado y estaba tan pálido como cuando adolescente. Se levantaba a las cuatro de la mañana; sacaba de la cuadra la yunta; aparejaba las mulas, y se marchaba con ellas a las tierras que tenía que labrar. Todo el día, de la mañana a la noche, lo pasaba en la inmensa llanura abriendo surcos simétricos, larguísimos, paralelos. Unas picazas revolaban en el cielo azul; otras yuntas caminaban lentas, muy lentas, allá a lo lejos. Al anochecer, cuando el sol hacía rato que se había puesto, Juanico vol-

vía a la labor. Cenaba entonces con los demás jornaleros y se acostaba.

Al cabo de estar siete años en la hacienda del médico, cuando murió el propietario y la finca fué dividida entre los herederos, Juanico volvió a quedar sin trabajo. Ya entonces estaba más pálido y más delgado que nunca. Apenas tenía fuerzas; le daban de cuando en cuando unos profundos desmayos. Se encontró sin trabajo, y no supo qué hacer ni dónde ir. Comenzó a andar por los caminos; eran sus compañeros las avecicas del cielo y los canes perdidos. Llevaba un zurrón a la espalda, y en él metía los mendrugos que le daban. Un perro vagabundo y extenuado, con unos ojos brillantes, se incorporó a él y no le dejaba en sus caminatas.

Juanico le cobró cariño, y juntos comían el pan que recogían de puerta en puerta. Como hacía mucho tiempo —desde niño— que no había estado en los Prietos, y como no tenía que hacer nada, un día se le ocurrió ir allá a ver si la casa estaba lo mismo que antes. Era en invierno; llegó a los Prietos al anochecer de un día crudísimo, en que había estado nevando. Juanico conversó un rato con el encar-

gado de la casa y le pidió albergue. Le indicaron un cobertizo lleno de estiércol. Juanico se acostó en el muladar. A la mañana siguiente lo encontraron muerto; junto a él, sentado en dos patas, con la cabeza levantada al cielo, estaba aúllando el perrito.

Una ciudad castellana.

LA ciudad está edificada en una ladera; al pie corre un riachuelo. El término es extenso; se compone de tierras paniegas y de olivares; el trigo lo muelen en las aceñas del río, y el aceite lo fabrican en vetustas y toscas prensas de viga. Las calles de la ciudad son estrechas y turtuosas; algunas tienen soportales sostenidos por pilastras y antiguas y rotas columnas de piedra. Hay calles que se llaman: de las Dueñas, las Angustias, Boteros, Tenerías, Colegio Viejo, la Encomienda, la Puerta Rota, Bachilleres, Pan y Carbón, Tahonas Viejas, Bermejeros, Donados, Labrador Chico. Dan albergue en la ciudad a trajinantes, cosarios y almocrebes tres viejas posadas:

la de Antón Gallardo, la de las Animas y la de la Luna; la primera es la más surtida; en el balcón único hay un poste con una tabla en que se lee: *Hay paja, cebada y agua*. Cuatro iglesias se levantan en la ciudad: la Vieja, la Nueva, la de San Felipe y la de Santiago el Verde. La de San Felipe está cerrada por ruinososa; de la Vieja sólo quedan los muros exteriores; la techumbre se halla desfondada; crecen unos jaramagos en lo alto de las paredes. La de Santiago el Verde es una bella edificación gótica, del siglo xvi; tiene un pequeño patio, silencioso, embaldosado con grandes losas, con un pozo de labrado brocal. La iglesia Nueva es clásica, herreriana, severa, desnuda y fría. Aparte de estos templos, existen en la ciudad tres ermitas: la del Cristo del Candilico, la de Nuestra Señora de la Paz y la de San Roque. En lo alto de la colina que domina el pueblo se destaca el Calvario; se va a él por un caminejo plantado de cipreses; las capillitas que sirven de estaciones aparecen medio desmoronadas, en ruinas. Se cuentan también en la ciudad dos conventos de monjas: el de las Bernardas y el de las Carmelitas.

Hay poca industria en el pueblo; junto al río se ven dos viejas tenerías; hay también tres almonas o jabonerías. Antaño se fabricaban aquí abundantes paños; de aquellas pobladas pañerías sólo quedan dos telares de mano; uno de ellos lo tiene un tejedor que es un viejecito y apenas trabaja; el alhaquín que maneja el otro sólo trabaja dos o tres días a la semana, por temporada. En 1860 había en la ciudad tres casas poderosas: la de don Juan Mendoza, la de Carrillo y la de los Esquiveles. Don Juan Mendoza se fué a Madrid, y allí murió en la miseria al cabo de los años; a Carrillo le dió por emborracharse y romperlo todo en las tiendas de la capital de la provincia, pagando después espléndidamente los destrozos; los Esquiveles eran dos hermanos que se arruinaron jugando. Las fincas y propiedades de estas casas pasaron en su mayor parte a unos vendedores de mulos, forasteros, que se enriquecieron vendiendo caballerías al fiado a los labradores y cobrándoles un rédito de 50 ó 60 por 100.

Los señores del pueblo se reúnen en un desmantelado Casino; hay en él una estufa, unos quinqués de petróleo con los tubos

ahumados y unas mesas de mármol. Allí se habla de política y de las cosechas; a las nueve y media o diez de la noche, el conserje apaga los quinqués y se va a su casa. En la ciudad existen catorce bachilleres que no han concluído la carrera, cuatro médicos y doce abogados. De los abogados, sólo pueden trabajar seis; en los escritos que presentan al Juzgado, se difaman acremente unos a otros; en ocasiones mueven pleitos a pobres hombres, resucitando historias antiguas, para que estos pobres hombres se acoquinen y suelten algún dinero. En mayo se celebra la fiesta de Santiago el Verde. Hay en la ciudad una Cofradía del Cristo de los Agonizantes; cuando muere algún hermano, el muñidor o andador va por las calles tocando una campanilla y gritando: «¡A tal hora el entierro de don Fulano de Tal!»

Los veranos son ardorosos en esta tierra, y los inviernos muy largos y crueles. Los señores no se visitan unos a otros; las puertas y ventañas de los casones siempre están cerradas; por las calles transita muy poca gente; en la plaza, los días claros, en el invierno, se ve un grupo compacto de vecinos que toman el

sol liados en sus capas pardas y en sus mantas. El cielo está siempre azul. No pasa nada en el pueblo. Se oye en el silencio profundo el ruido de las herrerías y el canto de algún gallo. De tarde en tarde se comete en la ciudad o en los campos cercanos un crimen horrendo, inaudito. En todas las casas se comenta durante largo tiempo.

Las personas más notables del pueblo son: don Joaquín el Mayorazgo, Perico Antonio y *Cacho*. Don Joaquín el Mayorazgo es discreto, afable; ha leído la *Historia de la Humanidad*, de Laurent, y fué muy amigo de Rivero; dice él que tiene un plan completo para regenerar a España en cinco años. Perico Antonio está desconcertado con las doctrinas del espiritismo y del magnetismo; lleva siempre libros y papeles en los bolsillos y se empeña en leerles fragmentos a los amigos.

Cacho es un tipo popular: un gracioso o albardán; su gloria está en las comilonas y meriendas; sabe cuentecillos y dichos; acude a todos los sitios donde hay jolgorio, y lo llevan a las cacerías que organizan los señores.

En Carnaval van algunas máscaras por las

calles vestidas de esteras y con escobas viejas al hombro. Los labriegos son muy pobres; en el pueblo sólo se matan tres o cuatro carneros en toda la semana. El hecho más memorable, capital, en la historia de la ciudad, fué una conmoción popular, ocurrida en 1870, con motivo de los consumos: se quemaron los papeles del Juzgado y de la Casa Ayuntamiento. Los labriegos iban por las calles amenazadores, iracundos, con sus hoces y sus legones.

Don Joaquín el Mayorazgo.

DON Joaquín Castillo Muñoz nació en Nebreda, en 1846; tiene sesenta y un años. Sus padres fueron don Jerónimo Castillo Cantero y doña Catalina Muñoz Ossorio. El matrimonio tuvo cuatro hijos: Joaquín, Jerónimo, Francisco y Paula. A Joaquín le llamaron sus convecinos *el Mayorazgo*, sin serlo; porque su padre, don Jerónimo, lo era. Jerónimo, el segundo de los hijos del matrimonio, estudió el trivio y cuatrivio en la capital de la provincia; allí se enamoró de la hija del intendente y se fugó con ella; se celebró la boda más tarde, y al cabo de pocos años la mujer de Jerónimo le abandonó y se marchó a América; Jerónimo

se dió a la bebida, gastó lo que tenía y murió en Madrid.

Francisco, el otro hermano de don Joaquín, no terminó tampoco la carrera; se casó en Nebreda; le dió por hacer combinaciones a la lotería; jugaba también mucho en el pueblo; malvendió sus fincas; ya arruinado, se marchó a Barcelona; allí le vieron algunos vecinos de Nebreda parálítico e implorando la caridad pública.

Paula, la hermana menor, tuvo unos amores con un muchacho de la ciudad: era bonita, distinguida y afable; la querían con delirio en todas partes por la bondad de su corazón. Una noche su novio, que era un perdulario, se emborrachó y pasó por delante de la casa de Paula cogido del brazo de una tunanta y gritando y alborotando en compañía de otros mozuelos. Paula lo vió; estuvo dos meses enferma; no salió más de casa; a los dos años ingresó en un convento de la capital de la provincia.

La familia de don Joaquín era de las más distinguidas de la ciudad; a la muerte de sus padres, le tocaron a don Joaquín las haciendas llamadas Hoya de Salvador, Pajonares y

Casa de los Cipreses. Don Joaquín estuvo en Madrid estudiando cuando muchacho; era el más despierto e inteligente de todos los hermanos. Don Joaquín no estudió nada; al cabo de seis años de estudio, don Jerónimo, su padre, vió que los certificados o papeletas que traía todos los años su hijo eran falsos. Don Joaquín vino al pueblo sin haber terminado ni aun comenzado sus estudios. Aquí figuró mucho en una compañía de aficionados que trabajaba en un teatrillo construído en un convento abandonado. Consecuencia de estas funciones fué su matrimonio: se casó con una de las actrices de la compañía; no era una muchacha distinguida; su padre trabajaba de herrero en la ciudad, y ella tenía una bonita voz y gran maestría para cantar las zarzuelas de moda.

Don Joaquín no fué muy feliz en su matrimonio; su mujer, que hasta entonces había vivido humildemente, comenzó a ataviarse y a gastar. A los dos años de matrimonio, don Joaquín tuvo que vender la finca de los Pajonares. El matrimonio tuvo dos hijos: Jerónimo y María. Jerónimo fué a estudiar a la capital de la provincia y pronto se hizo notar por sus

inclinaciones. Afectó ser un bravo y un calavera; conoció y trató a todos los tahures, doñilleros y valentones. Gastó mucho dinero a su padre; al cabo se retiró al pueblo sin resultado positivo ninguno. María es tan dulce, tan buena y tan bonita como su tía Paula; su tía la escribe mucho desde el convento, y esta correspondencia es todo el encanto de María en la vieja y hosca ciudad de Nebreda.

Después de vender la finca de los Pajonares, don Joaquín tuvo que vender la casa de los Cipreses.

La familia hizo esfuerzos por pasar algunas temporadas en la capital de la provincia; estos viajes eran la obra de la mujer de don Joaquín. Desde hace algunos años la familia no sale de Nebreda.

Don Joaquín el Mayorazgo vive en la calle de Bermejeros, núm. 53. La casa es antigua y espaciosa; tiene en el centro un patio con una galería sostenida por pilastras de piedra. La sala en que se recibe a los amigos está embaldosada con grandes losas; sobre el piso hay una gruesa estera de esparto; en el fondo de la estancia destaca una ancha cocina. Don Joaquín tiene sus habitaciones en la planta

alta; en su despacho se ve un pequeño armario de libros; figuran entre ellos: la *Historia de la Humanidad*, de Laurent; *El Genio del Cristianismo*; comedias de Camprodón, Luis de Larra y Rubí; el Diccionario administrativo de Escriche, y una porción de volúmenes en pergamino procedentes del antiguo convento.

Sobre la mesa del despacho hay una escribanía rota que representa un buque de vela. La vida de don Joaquín es muy sencilla. Se levanta a las nueve; hasta la hora de comer, que es a las doce, lee un periódico, da un paseo por las afueras, entra en el casino un rato o se entretiene en hacer cigarros. Por la tarde juega en el casino al tresillo; cena a las ocho; hasta las once, que es la hora de acostarse, va a la farmacia, donde se reúne una tertulia. Don Joaquín es afable, discreto; ha sido alcalde de Nebreda; tiene don de gentes; en otra esfera él hubiera podido ser algo en la política; él habla a menudo de su *plan completo para regenerar a España en cinco años*.

Juana y Juanita.

CÓMO es Juanita? ¿Dónde vive? ¿Qué hace? ¿En qué vieja y noble ciudad andaluza tiene su casa? Yo creo que la he visto en todas partes, a lo largo de mis viajes. Juanita es hija de Juana; a esta Juana nos ha contado el querido maestro Valera que sus convecinos, por sobrenombre, la llaman *la Larga*. A Juanita le han adjudicado por herencia también este adjetivo. Juana tiene cuarenta años; Juanita cuenta tan sólo diez y seis. Juana está en esa edad admirable en que las mujeres hacen enloquecer a los muchachos que se inclinan sobre los bancos de los colegios; Juanita atraviesa estos años en que las mujeres nos hacen sentir, a los que comenzamos a caminar hacia la senec-

tud, las dolorosas añoranzas del pasado. Juana exhala de sí un aire de reposo, de sosiego, de nobleza, de majestad, de quien ha vivido mucho y ha visto lo que había que ver en la vida; Juanita es vivaracha, nerviosa, inquieta, audaz, espontánea, ingenua. Lector, ¿qué te gusta a ti más de las dos cosas? Yo dudo entre esta sabiduría de Juana y esta ingenuidad de Juanita. Juana es maestra en todas las deleitosas artes de la gula: hace maravillosos hojaldres, empanadas estupendas con boque-rones y picadillo de tomate y cebolla; polvorones, roscos de huevo y vino, pestiños, jagorros, hojuelas, arropes, gachas de mosto. El maestro Valera enumera con una delectación secreta todas las dulces cosas que sabe aliñar Juana: ¿no era el amado maestro contemporáneo de este otro gran maestro —tan pariente espiritual suyo—, el cura Francisco Delicado, autor de este soberbio libro *La Lozana andaluza*, en cuyas páginas también se habla voluptuosamente de estas castizas y succulentas golosinas? Juanita, en cambio, si no sabe esta ciencia, no tiene par en trazar y coser trajes y galas femeninas. El maestro Valera habla de esta habilidad de Juanita con pro-

funda estupefacción. «Yo he estado en Villalegre —escribe—; he visto algunos trajes hechos por Juanita, y me he quedado estupefacto». Y a renglón seguido añade estas palabras épicas: «Y cuenta que yo tengo buen gusto. Todo el mundo lo sabe...»

Y ya ha sido nombrado el pueblo donde Juana y Juanita viven: es Villalegre. Villalegre tiene las casas blancas, cuidadosamente enjalbegadas de cal viva; las calles son anchas; anchas y pintadas de verde son las rejas saledizas que destacan en las fachadas; en las afueras del pueblo hay una amena y jugosa huerta; más lejos se extienden los olivos grises, tétricos; y cerca, a la terminación de una de las principales vías de la ciudad, surte una fuente de agua fresca, transparente, sutilísima. Unos sombreros álamos ponen su grata sombra sobre la alberca en que cae murmurador el caño; entre sus troncos aparece un ancho banco de granito, donde vienen a reposar todas las tardes, lentamente, apoyados en sus bastones, los hombres graves, sesudos, importantes, trascendentales, meditativos, cautos, prudentes de la ciudad. En esta ciudad tienen su casa Juana y Juanita; ¿qué queréis

que os diga de ellas, de cómo viven, de lo que hacen, de lo que piensan? Es posible que no piensen en nada: éste será quizá su más profundo encanto; no piensan nada; viven la vida sin entristecerla, sin deprimirla, sin llenarla de las preocupaciones, de los terrores, de las angustias con que nosotros, los hombres que queremos ser filósofos, la llenamos. La casa es espaciosa y limpia; tiene, como todas las andaluzas, un claro y alegre patio en el centro. Y Juanita ha llenado todo este patio de macetas grandes y chicas. Juanita ama las flores. «Yo odio las manos inactivas —decía el poeta Horacio—; sembrad las rosas». Las manos de Juanita, estas manos blancas y finas, siembran las rosas por todas partes. Y hay rosas sobre la cómoda, sobre las sillas, sobre la mesa del comedor. Juana, entretanto, va batiendo, en una blanca y vidriada almofia, claras de huevo para confeccionar alguna exquisita golosina...

Así pasan la vida Juana y Juanita. Cuando cae la tarde, el añil radiante del cielo se va apagando en uno de esos crepúsculos andaluces de una melancolía suave, larga, inefable. Cruzan raudas sobre las casas, chillando, las

golondrinas; la campana de la vieja iglesia toca pausada el *Angelus*. A esta hora es cuando Juanita toma un cantarillo y va a la fuente. «Gustaba ir por agua a la fuente del ejido», dice el maestro. Y en este momento es cuando los hombres graves y venerables que están sentados bajo los álamos, junto a la alberca, contemplan la fuerte, enhiesta y juvenil figura de Juanita, y sienten, apoyados en sus bastones, esta vaga, esta íntima, esta irreprimible tristeza de que os hablaba antes, y que experimentamos los que ya vamos saliendo de la mocedad y nos encaminamos a la edad fría.

Toscano o la conformidad.

EL señor Toscano vive en una callejuela apartada. Su cuarto es una buhardilla con tragaluz. En la buhardilla hay una mesa, una cama, un armario, un lavabo, dos o tres sillas y un estante de libros. En las paredes se ven cuatro o seis grabados antiguos.

El señor Toscano lleva unas gafas; usa una barba larga; su traje es pobre, pero se muestra siempre limpio. La camisa, de burda tela, destaca, todos los días, invariablemente, inmaculada.

—Señor Toscano — le preguntan alguna vez algunos espíritus simples—, ¿es verdad que usted ha sido muy rico?

El señor Toscano sonríe.

—¡Ya lo creo! —contesta haciendo un aspaviento cómico—. Más rico, más rico que muchos que van por ahí en automóvil haciendo ruido...

En el año 1870 Toscano tenía catorce mil duros de renta. Su mujer era bonita e inteligente. El matrimonio contaba con dos hijos: un niño y una niña. Toscano gustaba del arte y de la naturaleza. La casa era sosegada. La vida transcurría para esta familia plácidamente. Con la regular renta que tenían, moraban en Madrid sin que nadie sospechara que podían gastar más, mucho más de lo que gastaban. No arrastraban coche, ni recibían mas que a algunos amigos viejos de la familia. Las piezas de la casa estaban siempre limpias. Los muebles eran sencillos y cómodos. Un silencio admirable —paz para el espíritu— reinaba siempre en aquel hogar. Había en las paredes, no cuadros llamativos y medianos, sino grandes y hermosas fotografías de pinturas célebres, de paisajes y de antiguas catedrales. No sonaban timbres ruidosos. Los criados iban en silencio de una parte a otra. A las ocho de la mañana, antes de levantarse la familia, como por encanto, sin que

se hubiera percibido ni el más leve barullo, ya estaba todo limpio y en orden. Las comidas eran sencillas y bien aliñadas. Blanqueaba nítido el mantel, y brillante era la frágil cristalería. Unas flores ponían su nota alegre sobre la blancura del mantel.

El señor Toscano y su familia pasaban unos meses en Madrid; luego desaparecían sin que nadie supiera nada. Iban modestamente a viajar por Europa.

Un día, en 1890, el 24 de febrero, un banquero de París hizo bancarrota. Casi toda la fortuna de Toscano se perdió en la quiebra. La mujer de Toscano comenzó a enfermar. Años después, el hijo de Toscano, oficial de Artillería, pereció en la guerra de Cuba. Dos años más tarde, el otro hijo, una linda muchacha, delicada e inteligente, se sintió un día enferma y murió cuatro días después, de una pulmonía rápida y violenta. La mujer de Toscano, abrumada, enloquecida por las calamidades que sobre la familia llovían, tuvo que ser llevada a una casa de salud. Dos años vivió en un perpetuo martirio. Al cabo de ellos, dejó este mundo.

En 1902 la antigua y considerable fortuna

de Toscano había desaparecido casi por completo. De los catorce mil duros de renta, sólo le quedaban a Toscano veinte mensuales. Toscano se fué a vivir a la modesta buhardilla donde vive ahora.

El señor Toscano se levanta por la mañana a las ocho; no tiene ningún criado o asistente; él mismo se arregla su habitación; él mismo se confecciona su pobre comida en una hornillita o anafe.

—No me importa ser pobre —dice Toscano—; no me importa llevar un traje usado y malo; me paso también sin otros muchos regalos y comodidades (yo que he dispuesto de todas); lo que defiendo con todas mis fuerzas es mi camisa limpia. No puedo pasar sin mi camisa limpia diaria; no puedo acostumbrarme a llevar una camisa tres días, a llevarla sucia o un poco ajada.

De los veinte duros mensuales de Toscano, ocho son destinados a la manutención; cuatro al alquiler del cuarto; los restantes a la renovación de la ropa, al lavado, a algunos gastos extraordinarios. Siento por este viejecito pobre y con su camisa limpia una verdadera veneración. Nunca he oído brotar de sus la-

blos una queja. Muchas veces le encuentro en la Biblioteca Nacional o en el Museo del Prado.

—¿Qué tal, señor Toscano? —le pregunto—. ¿Cómo va?

—Vamos pasando —dice él—. ¿Quién se puede comparar conmigo? Ya ve usted: la Biblioteca y el Museo son míos; tengo los mejores cuadros del mundo y dispongo de todos los libros que quiero. Además, poseo un magnífico parque para pasear: el Retiro.

Aunque lo encuentro algunos días en la Biblioteca Nacional, Toscano no lee mucho. Dice él que todos los libros dicen poco más o menos lo mismo, y que sólo hay unos pocos en que se ha hecho el resumen del espíritu humano y a los cuales hay que volver de cuando en cuando para refrescar y festejar el entendimiento.

En los días claros y buenos, el señor Toscano da grandes paseos; visita todos los parajes de Madrid; sale al campo; camina lentamente, observando las cosas durante horas y horas.

—Yo he viajado mucho —suele decirme—. Mi gusto sería ahora tener un sitio donde po-

der comunicar a unos pocos cerebros juveniles la experiencia que he recogido en el mundo. Pero para esto se necesitan títulos y diplomas que yo no tengo.

Todos los días del año son iguales para Toscano; todos los meses pasan del mismo modo. Arregla su cuartito; hace sus visitas al Museo y a la Biblioteca; da sus paseos. Siempre va pobre y limpio; siempre con su camisa blanca, inmaculada. Un día la portera de su casa no le verá bajar; después se sabrá que está enfermo. Días más tarde saldrá por el portal una caja sencilla y negra.

—No tengo remordimientos por nada, ni echo de menos nada —dice Toscano—. Moriré con la tranquilidad con que ahora vivo.

¿Dónde está el secreto de la paz espiritual, de la ecuanimidad, de la dicha? En la conformidad, en dejar que las cosas que no podemos remediar sigan su curso lento, inexorable y eterno.

Epilogo en los Pirineos.

«—Pues, dime, ¿qué concepto has hecho de España?

—No malo.

—¿Luego bueno?

—Tampoco.

—Según eso, ¿ni bueno ni malo?

—No digo eso.

—Pues, ¿qué? ¿Agridulce?

—¿No te parece muy seca, y que de ahí les viene a los españoles aquella su sequedad de condición y melancólica gravedad?»

(BALTASAR GRACIÁN: *El Criticón*, segunda parte, crisis III. Huesca, 1653.)

Estos días he asistido a una romería en los Bajos Pirineos franceses. He visto muchas viejecitas vestidas de negro, con los cirios pálidos en las pálidas manos, que me han recordado a las viejecitas de los pueblos de España. Hacía una mañana gris, dulce, y caía una llovizna suave. En el fondo de un paisaje de anchos y mullidos prados se esfumaba la silueta negruzca de una montaña. Había una paz profunda en el ambiente; un río se deslizaba manso, claro, entre un follaje tupido.

En medio del veraneo frívolo, de casinos y playas elegantes, lejos por un momento de todo este mundo ligero, vano e inconsciente de señores y damas que veranea, esta hora era para mi espíritu como un oasis. Me sentía en

una atmósfera de sinceridad y de fe. Todas estas viejecitas y todos estos aldeanos sentían profundamente; no eran literatos; no eran artistas; no leían fondos «brillantes» de periódicos. De cuando en cuando entonaban una plegaria larga, melodiosa, que iba a perderse en las lomas y los oteros de verde suave.

Yo pensaba en España. Veía nuestros santuarios, nuestras ermitas; veía los calvarios, plantados de cipreses rígidos; veía nuestros humilladeros puestos a la entrada de los viejos pueblos. En esta hora plácida y de expansión espiritual pasada en las montañas del Pirineo, el recuerdo de paisajes y escenas de España se hacía en mí más vivo. Yo veía una vieja ciudad con sus anchos y vetustos caserones casi en ruinas; en ella hay dos, tres o cuatro iglesias; en una de ellas, en una sacristía un poco lóbrega, con una alta y chiquita ventana alambrada, dos o tres clérigos charlaban, poniendo grandes espacios de silencio en su conversación.

En la iglesia hay un patizuelo con una cisterna honda y negra. Las campanas van tañendo sonoramente de cuando en cuando. Van llegando a la iglesia viejecitos de cara

rapada que tosen encorvándose, y viejecitas con un rosario entre sus secas manos. Salen de la sacristía los dos clérigos y un chicuelo medio vestido de rojo. Cae el crepúsculo. Las luces de los cirios reflejan en las altas paredes. Comienza uno de los clérigos a rezar el rosario desde el púlpito; los asistentes al templo le contestan en voz alta. Ya la campana ha callado. Arriba, en las ventanas de la cúpula, palidecen imperceptiblemente los últimos resplandores de la tarde. En la ciudad han cesado en su afán cotidiano los oficiales y artesanos; están mudos los primitivos telares, las carpinterías, las locas y rientes herrerías. A largos trechos, una lucecita pone un resplandor rojizo, ahogado por las sombras, en un muro. Sólo vive, en esta hora de reposo, de tregua en la fatiga, esta iglesia en que los fieles van rezando con voz lenta y sonora. Cuando este rosario termina, todos estos viejecitos encorvados se marchan arrastrando los pies, lentamente, y todas estas viejecitas que exclaman a cada momento: ¡Ay, Señor!, desaparecen con sus tocas negras por las callejuelas retorcidas de la vieja ciudad. En la iglesia, silenciosa y negra, parpadean, débiles

y eternas, dos o tres lamparitas ante un Cristo o ante una Virgen.

Yo veía también en una vieja ciudad un otero o una colina con un caminejo estrecho y ondulante. De trecho en trecho se levanta en él una capillita desmoronada; a sus lados se destacan dos cipreses finos y negros. En la mañana del Viernes Santo, por este caminito sube una multitud fervorosa de hombres, de mujeres y de niños. Son las primeras horas del día. Todos van entonando una clamorosa oración. Delante de cada capillita se detienen y se prosternan. Durante un momento callan. En estos silencios parece, más que en las voces, que hay como un hálito profundamente trágico-desgarrador. El campo —el viejo campo de Castilla— está raso, pelado, yermo. En la desnudez desoladora, los cipreses yerguen hieráticos sus cimas. ¿Cuántas vidas, cuántos dolores, cuántas angustias obscuras, ignoradas, humildes, habrán visto estos cipreses? Ellos, ¿no son como la encarnación secular de todo un pueblo anónimo, insignificante, de generaciones que nacen y mueren obscuramente? Cipreses centenarios, cipreses inmóviles, cipreses que os levantáis en la desolación cas-

tellana, cipreses que habéis escuchado tantas voces y lamentos, tantas súplicas salidas de humildes corazones, cipreses que habéis oído las plegarias de nuestros abuelos y de nuestros padres, yo tengo para vosotros, para vuestro tronco desnudo y seco, para vuestro follaje rígido, inmóvil, un recuerdo de simpatía y de amor.

Yo veía también esos humilladeros, esas cruces de piedra puestas en los aledaños de una vieja ciudad. En las gradas sobre que la cruz se levanta, o en el basamento que la sostiene, ¡cuántas veces nos hemos sentado un momento, para reposar de un largo paseo! De lejos, al volver a esta vieja ciudad, ¡cuántas veces hemos columbrado llenos de emoción los brazos de esta cruz!

Yo veía los conventos silenciosos y retirados, con sus huertos amenos, las pequeñas y claras celdas con su estante de libros, los claustros largos y sonoros. Yo veía las ermitas que se levantan en las fragosidades de una montaña o en la monotonía de un llano. Yo veía, en fin, todos los parajes y lugares que en nuestra España frecuentan la devoción y la piedad. ¿No está en estas igle-

sias, en estos calvarios, en estas ermitas, en estos conventos, en este cielo seco, en este campo duro y raso, toda nuestra alma, todo el espíritu intenso y enérgico de nuestra raza?

Gavarnie, agosto, 1909.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Carta de F. Giner.	9
Prólogo.	11
El mal labrador	13
Unas sombrereras	17
Un sabio.	21
Delicado	25
Ana.	29
Horas en León.	35
Una criada.	41
Un pobre hombre	47
Don José Nieto.	53
En la Alhambra	57
Arrazola	61
Carlos Rubio.	67
Oudrid	73
Un madrileño	79
Nicolás Serrano	87

	<u>Págs.</u>
La poesía de Castilla	91
El anacalo	97
Horas en Córdoba	101
El apañador	107
La calle de la Montera	111
Vida de un labrantín	115
Horas en Sevilla	121
El melcochero	127
Una ciudad levantina	131
En la montaña	137
Juan el de Juan Pedro	143
Una ciudad castellana	151
Don Joaquín el Mayorazgo	157
Juana y Juanita	163
Toscano o la conformidad	169
Epílogo en los Pirineos	175





UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY



A 000 675 425 3

